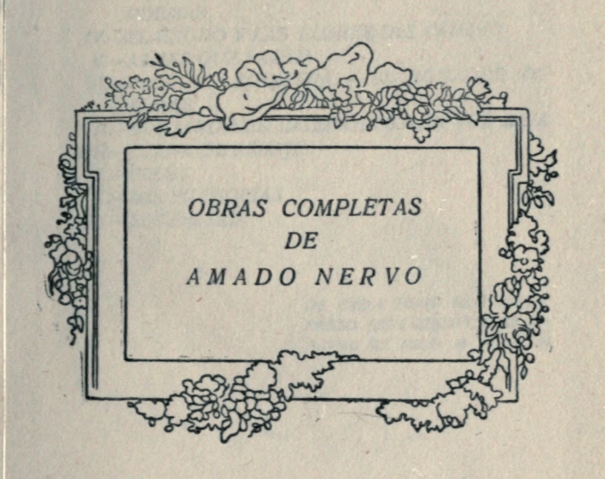

3 1761 04944973 9






OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO


OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO

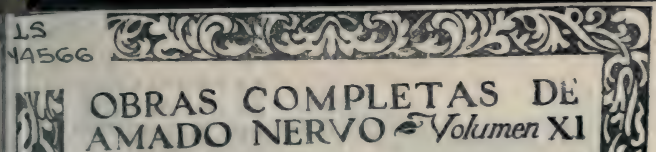
TOMOS PUBLICADOS

I.—PERLAS NEGRAS.—MISTICAS
II.—POEMAS
III.—LAS VOCES, LIRA HEROICA Y OTROS POEMAS
IV.—EL ÉXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO
V.—ALMAS QUE PASAN
VI.—PASCUAL AGUILERA.—EL DONADOR DE ALMAS
VII.—LOS JARDINES INTERIORES.—EN VOZ BAJA
VIII.—JUANA DE ASBAJE
IX.—ELLOS
X.—MIS FILOSOFÍAS
XI.—SERENIDAD

DE CADA TOMO SE HAN IMPRESO CIEN EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO ❧ ❧ ❧ ❧

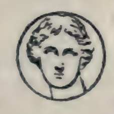



TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO



OBRAS COMPLETAS DE
AMADO NERVO — *Volumen* XI

SERENIDAD



BIBLIOTECA NUEVA — MADRID


LIBRARY
JUN 1 1973
UNIVERSITY OF TORONTO



PRÓLOGO

Hace muchos años, por una metempsicosis que recuerda el Eso Fue Todo, *Nervo se imaginaba ser un sátrapa egipcio, un sacerdote de Israel, un druida, un rey merovingio, un trovero, un prior. Hoy, en* Arcanidad, *vuelve sobre el tema de su diversidad interior. No es la suya la diversidad antagónica o paradójica de Verlaine, que pudo ser moda de otros tiempos. Nervo no cree ser ángel y vestigio, sino que, como todos los hombres, percibe que en él hay alguien que afirma, alguien que niega, y alguien, quizá, que a ambos los espía. En el fondo, él está de parte del que afirma, aunque no con tanto entusiasmo como lo quisiera su dolor y como acaso lo quisiera su Musa. Sin pretender conciliar artificialmente sus varios aspectos (y tal vez no requieren más conciliación que su sola coexistencia), Nervo ha formado un libro que recorre múltiples estados de ánimo. En una hora de lectura, da la impresión de los tres años que abarca. En él ha incluido algunas poesías de juventud, no de las más felices, y ha anticipado algunas de* La Amada Inmóvil, *que son las mejores del volumen actual (1). He aquí los aspectos diversos de este hombre múltiple. No hay que esforzarse por avenirlos: ellos entre sí se parecen como las resonancias de*

(1) *Véase la nota final de este tomo.*

un mismo arquetipo. Nervo, el hombre mismo, ¿qué es? Un pretexto humano: y como poeta, una cosa alada y ligera, ya lo sabemos.

La estética sincera.—*Por cualquiera página que lo abro, el libro me descubre al hombre. Al hombre que se expresa con una espontaneidad desconcertante, turbadora. Cierto que la sinceridad lleva en sí elementos de abandono: nada le es más contrario que la pedantería; pero no siempre sabe avenirse con la destreza. Hay muchas maneras de ser sincero, y aun se puede serlo con artificio; hay buenos y hay malos cómicos de sus propias emociones. Quizá en el mundo, y sobre todo en el arte, hay que ser de aquéllos; y quizá nuestro poeta Nervo alarga la sinceridad más allá de las preocupaciones del gusto.*

¡Oh, sí! Esa es, nada menos, su nueva fuerza, su última manera de florecer. El que ayer supo ser intenso y exquisito poeta literario, se desarrolla ahora hacia la nitidez y la expresión directa. Y toda estética que se hace personal produce, por eso mismo, si no siempre algo inaccesible en la forma, sí, por lo menos, algo inesperado en el fondo. Inesperado, no por extravagante,—el poeta de Serenidad *es y quiere ser el hombre menos extravagante; - inesperado porque nos es ajeno: porque es tan propio del poeta que nos causa, al descubrírsenos, cierto estremecimiento instintivo; inesperado, tal vez, porque nos es tan frecuente y familiar que casi no lo hemos percibido. Y este matiz de pudor se acentúa ante una poesía de confesiones como la presente.* Serenidad *es un libro dedicado al yo del poeta. La base de su crítica consistiría, pues, en preguntarse cuál es, para el arte, la sinceridad útil, y cuál la inútil.*

Pero todavía de este discrimen, que pudiera serle peligroso, el libro se emancipa por la intención humorística. En efecto, ¿quién pondrá ley al humorismo? Para el humorismo no hay Rengifos, no hay Hermosillas. Los jueces del gusto quiebran a sus pies sus diminutas balan-

zas. El peor de los miedos de la inteligencia es el miedo al humour. *También el poeta tiene derecho a juguetear con la lira en los entreactos de la exhibición. Por cierto que algunos no son sino poetas de entreacto, y no de los menos excelentes. Sólo que nunca serán ídolos del teatro, arrebato de multitudes. E ignoro por qué se haya de obligar al poeta a petrificarse en la exaltación de sus notas más agudas y, necesariamente, instantáneas. La vida cuotidiana no tiene contorsiones escultóricas ni escenas de apoteosis. También hay una poesía cuotidiana, sobre todo para el poeta que es ya un maestro, y en quien las minúsculas meditaciones al margen de la vida (como cuando propone suprimir las dedicatorias de los libros o se alarga, excesivamente, sobre la imagen del nudo gordiano) cobran, en cuanto nacen, ropaje de canción. Porque si Horacio era víctima del estilo y las tablas y, pensando en ellos, se despertaba sobresaltado en mitad de la noche, Nervo dice: «Consonante, soy tu forzado...»*

> *Has cortado las alas al águila serena*
> *de mi idea, por ti cada vez más ignota,*
> *cada vez más esquiva, cada vez más remota.*

Maestría de palabras.—*Así, pues, el poeta piensa que es víctima de su don verbal. Muy posible es que así suceda, hasta cierto punto. Si una de las notas del libro es la sinceridad, otra es la maestría de palabras. No relumbrantes, no parnasianas. El libro está escrito a cien leguas de la rima rica, y el autor le ha torcido el cuello a la elocuencia. Está demasiado cerca de la realidad para quedarse en pulido estilista. Su maestría de palabras viene de cierta depuración de las ideas, y tiene por caracteres dominantes la brevedad y la transparencia. Mas en ese cristal adonde apenas parecen refractarse los pensamientos, hay, si se le mira de cerca, no sé qué rasgos o fi-*

gurillas, un disimulado sello personal. El autor que cuenta con una materia tan dócil, como vea que la huella de sus dedos se estampa en ella tan fácilmente, acaba por usarla casi sin darse cuenta: él cree que sólo ha estado pensando (acaso uno de aquellos pensamientos pensados a diario por todos los hombres, pero siempre íntimos y amados), y, cuando vuelve de su divagación, se encuentra con que ha estado escribiendo versos. La mano ha aprendido a escribir sin la voluntad, como una cámara fotográfica que, aun ciega, soñara con anteriores visiones y grabara en la obscuridad la placa sensible. La imagen será entonces débil, como vista a través del agua, pero imborrable, porque está hecha con lo más asimilado de las impresiones externas. La poesía Inmortalidad *no luce un solo verso brillante, una idea nueva, la menor originalidad bruta: no la suprimiríais, sin embargo: en esa lámina transparente circula algo vivo, cierta idiosincrasia de expresión, sutil y lejana, pero real. El poeta ha usado su sello sin percatarse: quizá hubiera sido mejor reservarlo para otro momento de inspiración, pero la maestría de palabras ha obrado sola. Y es así como este poeta puede ser, por algunos segundos, víctima de su don verbal. En todo caso, el tono preferible para el lirismo egoísta es ese tono de poesía cuotidiana. Los poetas de ayer habían enconcontrado su fórmula en el romance ligero, por desgracia hoy muy olvidado.*

El literato.—*Mi estética considera que hay tres categorías humanas: el hombre mudo, el hombre de letras y el hombre expresivo. Para llegar a* decirse, *a manifestarse intelectualmente, el hombre común necesita pasar por la difícil etapa del literato,—en que es muy fácil encallar. Ayer la poesía de Nervo dejaba ver aún la simulación estética,—cosa que no es censurable, que nunca desaparece del todo, porque es condición de la obra humana. Su alegría se pintaba labios y ojeras como cortesana (¡qué her-*

mosos labios! ¡qué soñadoras ojeras!); su dolor tenía tan vivo ceño como el de la máscara de Melpómene. No me toca fijar, ni hay ya para qué repetirlo, el lugar que le corresponde como poeta literario. Hoy, en cambio:

Yo no sé nada de literatura,
ni de vocales átonas o tónicas,
ni de ritmos, medidas o cesura,
ni de escuelas (comadres antagónicas),
ni de malabarismos de estructura,
de sístoles o diástoles eufónicas...

Está, pues, irremediablemente condenado al desamor de aquella mayoría absoluta de lectores para quienes cambiar, que es vivir, equivale a degenerar. Pero su obra adquiere innegable valor humano, y se queda al lado de las modas.

¿Su técnica? Para Nervo no es ya la hora de los hallazgos: ya no exhibe ejercicios de taller ni latinidades. Sería un anacronismo estudiar su técnica. Por lo demás, nada más extraño para él que el concepto árabe del arte: el arte como adorno: la fermosa cobertura *que decía el Marqués de Santillana.*

El prosador.—*El escritor de prosa que hay en Amado Nervo ha influído al fin en el poeta. Hace años que viene desarrollando en páginas breves ciertas ideas de ensayista curioso. A veces, ha mezclado en los libros prosas y versos. Ese ensayista curioso quiere tomar parte en la obra poética, y así cuando Nervo el poeta dice, en* Mediumnidad, *que él no es el dueño de sus rimas, Nervo el prosista observa, en una nota, que gran número de altos poetas, como Musset, Lamartine y nuestro Gutiérrez Nájera, «han confesado el carácter mediumnímico de su inspiración». Este ensayista curioso siente atracción por las lucubraciones científicas, por los gabinetes de experiencias: hay, en el fondo de su alma, una nostalgia de la*

Escuela Preparatoria. Os aseguro que le gustaría escribir novelas de ciencia fantástica a la manera de Wells: entre mis recuerdos, oigo todavía el rumor de cierto viaje a la luna *leído en la Sociedad Astronómica de México... Es este prosista el que ha llamado* Ultravioleta *a una poesía; el que se ha interrogado sobre la posibilidad de que el microscopio descubra, en el fondo de la materia, la nada en que palpita la fuerza (véase:* Células, Protozoarios...) *Más adelante, es ése el que habla del imán de las constelaciones y nombra a Aldebarán, Sirio, Capella, Rigel, Arturo y la Vega de la Lira; ése el que habla de* desdoblar *a simple vista el Alfa del Centauro; ése, en fin, el que diserta sobre el color de la luna.*

El humorista.—*El humorismo tiene derecho a ser considerado como una verdadera filosofía. Paréceme que consiste su secreto en la percepción de las incongruencias del universo, en el sentido antilogístico de la vida, y es como la huella espiritual que nos deja esta paradójica experiencia: la naturalidad del absurdo. Entonces el chiste no hace reír, sino meditar; también temblar; y el humorista, emancipado del prejuicio racional, adquiere mayor energía que el filósofo. Como los aires ridículos entran en su ejecución, puede decirlo todo y atribuir, por ejemplo, causas mezquinas a los grandes efectos. Se cuenta con todos los recursos y todas las licencias: no queda más guía que el instinto, el valor sustantivo del espíritu. El humorismo es, así, un maridaje afortunado de prudencia y locura.*

Pero, a veces, cuando se detiene en sus primeros grados, no es más que una resultante de la libertad: libertad para decir cuanto se piensa o se quiere. Todo rasgo muy personal tiene algo de cómico. Y añádase el ánimo de sonrisa, la voluntad burlesca, y se construirá el humorismo de Nervo,—un humorismo que se queda en el tono medio de la conversación.

El estoico.—*Aunque sus esfuerzos de conformidad («Mi voluntad es una con la divina ley») lo hacen declararse a ratos optimista, suele ser amargo. Lucha por que su filosofía no se torne adusta con las angulosidades de la edad (1). Y, sobre todo, por que nunca llegue a matar el sentimiento del «sacrificio». El día que esto sucediera, Nervo dejaría de cantar. En verdad, del absoluto estoicismo ¿podrá brotar una canción? ¡Quién sabe qué extraño qué grotesco remedo de voz humana, pero no una canción! Y si el estoico se torna asceta y adelanta en su disciplina interior, dando la razón a Siddharta Gautama y ensayándose para la muerte, el poeta, es irremediable, tendrá que callar. Por momentos me ha parecido que Nervo acabará por preferir el balbuceo a la frase, que se encamina al silencio. Su silencio sería, entonces, la corona de su obra.*

El religioso.—*No es bastante sabio para negar a Dios, dice él. Cree a la manera vieja: ve a Dios en la rosa y en la espina, y se le siente unido en un panteísmo franciscano* (Solidaridad). *Su estoicismo se enlaza fácilmente con su religión. La sinceridad de su sentimiento religioso resiste la prueba superior, la de la humillación y la cólera divina. Mientras no se ha sentido sino el amor de Dios, se es un místico muy imperfecto:*

¡Oh Señor, no te enojes con la brizna de yerba!
Mi nada no merece la indignación acerba
de un Dios... ¿Es ley que emplees la flamígera espada
de tu resplandeciente Miguel contra mi nada?
Piedad para la oruga, Rey manso de Judea:
Tú, que jamás rompiste la caña ya cascada,
Tú, que nunca apagaste la mecha que aún humea.

---

(1) Quien haya leído Plenitud *(1918) sabe ya que, en la poesía de Nervo, "el bien supo elegir la mejor parte".*

Hay un instante en que se desprende de todo sentimiento terreno; se borran el placer y el dolor, y el poeta asciende por «la espiral que conduce a las estrellas» hasta el «Vértice Omnirradiante». Sensación de dinamismo, sugestiones de luminosidad, vértigo... Está a punto de llegar al éxtasis. Mas, como en Plotino, el alma retrocede espantada, en el propio instante en que toca la esfera superior.

El amante.—*El poeta tierno y cortés que hacía madrigales llenos de magia y rondeles airosos, deja oir todavía su voz, como desde lejos: soplan todavía hálitos de aquella selva de castillos y trovadores trashumantes. Pero todo esto es reminiscencia. El hombre de hoy es, por el vigor y aun las ocasionales torpezas, un amante verdadero:*

Safo, Crisis, Aspasia, Magdalena, Afrodita,
cuanto he querido fuiste para mi afán avieso...

Así decía el poeta de ayer. El amor le era afán avieso. Prefería los nombres sacados de los libros a las emociones personales. Un erotismo desbordado salpicó sus páginas con la espuma de la locura. Hoy dice:

Complacencia de mis ojos,
lujo de mi corazón...
Tú que te llamas de todos
los modos,
tú que me amas
por la rubia y la morena,
por la fría y por la ardiente...

No encuentro mejor paralelo entre los dos instantes de la obra de Nervo. De entonces acá mucho ha traído y llevado el viento de la vida. Una tragedia central ensombrece hoy el ánimo del poeta: que él la diga, todo sabe decirlo claro:

¡Cuánto, cuánto la quise. Por diez años fué mía;
... pero flores tan bellas nunca pueden durar!
Era llena de gracia, como el Ave María,
y a la Fuente de Gracia, de donde procedía,
se volvió... ¡como gota que se vuelve a la mar!

Las poesías consagradas a este recuerdo parecen escritas a gritos: son la misma voz del sentimiento. Recorre Nervo la nota cruel y la lacrimosa, la heroica y la miserable. Asocia al recuerdo de su amor el imperecedero de la madre muerta (una de las mejores páginas). Bendice a Francia que le dió amor. Se acuerda de Dios:

Dios mío, yo te ofrezco mi dolor:
es todo lo que puedo ya ofrecerte...
Tú me diste un amor, un solo amor,
un gran amor...
Me lo robó la muerte...

Y tras de recorrer estas hondas galerías de su alma, alcanzamos el pleno sentido de aquella intensísima página:

Pasó con su madre. Volvió la cabeza,
¡me clavó muy hondo su mirada azul!
Quedé como en éxtasis...
Con febril premura,
«Síguela» gritaron cuerpo y alma al par.
... Pero tuve miedo de amar con locura,
de abrir mis heridas que suelen sangrar,
¡y no obstante toda mi sed de ternura,
cerrando los ojos la dejé pasar!

Nervo no espera, seguramente, que su obra sea juzgada a la fría luz del estetismo. Aparte de que su colección de

versos es irreducible a la unidad: algunas de las actuales poesías valen más que otras, algunas valen menos. Sólo sería deseable que concediera algo a la miopía del vulgo literario, publicando aparte, por ejemplo, las poesías de tono humorístico y curioso, que no son, al cabo, lo mejor de su obra, aunque la completan. Más de una ininteligencia se evitaría con ello.—Por lo demás, siga su senda: a nosotros nos tocará asociarnos a las emociones de su viaje, mirándolo por transfloración en las páginas de sus libros. En otros el arte disfraza. En él, desnuda.

ALFONSO REYES.

1914.

Je n'ai pas refusé ma tâche sur la terre.
Mon sillon? Le voilà. Ma gerbe? La voici.
J'ai vécu souriant, toujours plus adouci,
Debout, mais incliné du côté du mystère.

V. H.



AUTOBIOGRAFÍA

VERSOS autobiográficos? Ahí están mis canciones,
allí están mis poemas: yo, como las naciones
venturosas, y a ejemplo de la mujer honrada,
no tengo historia: nunca me ha sucedido nada,
oh noble amiga ignota, que pudiera contarte.

Allá en mis años mozos, adiviné del Arte
la harmonía y el ritmo, caros al Musageta,
y, pudiendo ser rico, preferí ser poeta.
—¿Y después?
—He sufrido como todos y he amado.
—¿Mucho?
—Lo suficiente para ser perdonado...

LIBRO I

APACIBLEMENTE...

Tene te primo in pace, & tunc poteris alios pacificare.

KEMPIS, lib. II, cap. III-1.





I

PRIMERA PÁGINA

He desdeñado todo lo pequeño
y tranquilo, enigmático, risueño,
paso la vida mía
hilando la hebra de oro de mi ensueño
en la rueca de mi melancolía.



II

MEDIUMNIDAD

Antrum adjuvat vatem.

Si mis rimas fuesen bellas,
enorgullecerme dellas
no está bien,
pues nunca mías han sido
en realidad: al oído
me las dicta... ¡no sé *quién!*
Yo no soy más que el acento
del arpa que hiere al viento
veloz;
no soy más que el eco débil,
ya jubiloso, ya flébil,
de una voz...

Quizás a través de mí
van departiendo entre sí

dos almas llenas de amor,
en un misterioso estilo,
y yo no soy más que el hilo
conductor.

NOTA DEL AUTOR.—Gran número de altos poetas han confesado el carácter mediumnímico de su inspiración.

Alfredo de Musset, dijo:

«On ne travaille pas: on écoute; c'est comme un inconnu qui vous parle à l'oreille.»

Y Lamartine:

«Ce n'est pas moi qui pense, ce sont mes idées qui pensent pour moi.»

Y nuestro exquisito Gutiérrez Nájera expresó con delicado acierto:

Yo no escribo mis versos; no los creo:
Viven dentro de mí, vienen de fuera:
A ése, travieso, lo formó el deseo;
A aquél, lleno de luz, la Primavera.

III

SOLIDARIDAD

ALONDRA, ¡vamos a cantar!
Cascada, ¡vamos a saltar!
Riachuelo, ¡vamos a correr!
Diamante, ¡vamos a brillar!
Aguila, ¡vamos a volar!
Aurora, ¡vamos a nacer!
¡A cantar!
¡A saltar!
¡A correr!
¡A brillar!
¡A volar!
¡A nacer!



IV

OPTIMISMO

No sé si es bueno el mundo... No sé si el mundo es malo;
pero sé que es la forma y expresión de Dios mismo.
Por eso, ya al influjo de azote o de regalo,
nada en el fondo extingue mi tenaz optimismo.

Santo es llorar... y lloro si tengo alguna pena;
santo es reir... y río si en mi espíritu hay luz;
mas mi frente se comba siempre limpia y serena,
ya brille al sol, o ya sude hielo en la cruz.

V

SOSIEGO

Ultra limen.

Más allá de la impaciencia
de los mares enojados,
la tranquila indiferencia
de los limbos irisados
y la plácida existencia
de los monstruos no soñados.

Más allá de la violencia
de ciclones y tornados,
la inmutable transparencia
de los cielos estrellados...

Más allá del río insano
de la vida del bullir
pasional, el Oceano
Pacífico del morir...
Con su gris onda severa,
con su inmensa espalda inerte
que no azota volandera
brisa alguna...
Y mi galera
de ébano y plata, se advierte
sola, en el mar sin ribera
de la Muerte!





VI

LA MONTAÑA

DESDE que no persigo las dichas pasajeras,
muriendo van en mi alma temores y ansiedad:
la Vida se me muestra con amplias y severas
perspectivas, y siento que estoy en las laderas
de la montaña augusta de la Serenidad.

Comprendo al fin el vasto sentido de las cosas;
sé escuchar en silencio lo que en redor de mí

murmuran piedras, árboles, ondas, auras y rosas...
Y advierto que me cercan mil formas misteriosas
que nunca presentí.

Distingo un santo sello sobre todas las frentes;
un divino *me fecit Deus*, por dondequier,
y noto que me hacen signos inteligentes
las estrellas, arcano de las noches fulgentes,
y las flores, que ocultan enigmas de mujer.

La Esfinge, ayer adusta, tiene hoy ojos serenos;
en su boca de piedra florece un sonreir
cordial, y hay en la comba potente de sus senos
blanduras de almohada para mis miembros, llenos
a veces de la honda laxitud del vivir.

Mis labios, antes pródigos de versos y canciones,
ahora experimentan el deseo de dar
ánimo a quien desmaya, de verter bendiciones,
de ser caudal perenne de aquellas expresiones
que saben consolar.

Finé mi humilde siembra; las mieses en las eras
empiezan a dar fruto de amor y caridad;

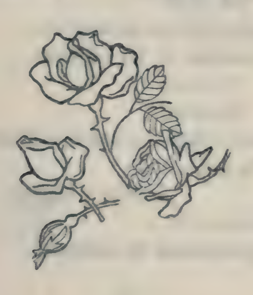
se cierne un gran sosiego sobre mis sementeras;
mi andar es firme...
¡Y siento que estoy en las laderas
de la montaña augusta de la Serenidad!



VII

VENGANZA

HAY quien arroja piedras a mi techo, y después
hurta hipócritamente las manos presurosas
que me dañaron...
Yo no tengo piedras, pues
sólo hay en mi huerto rosales de olorosas
rosas frescas, y tal mi idiosincrasia es,
que aun escondo la mano tras de tirar las rosas.



VIII

VIA, VERITAS ET VITA

VER en todas las cosas
del espíritu incógnito las huellas;
contemplar
sin cesar
en las diáfanas noches misteriosas,
la santa desnudez de las estrellas.
¡Esperar!
¡Esperar!
¿Qué? ¡Quién sabe! Tal vez una futura
y no soñada paz....
Sereno y fuerte,
correr esa aventura
sublime y portentosa de la muerte.

Mientras, amarlo todo... y no amar nada,
sonreir cuando hay sol y cuando hay brumas;
cuidar de que en el áspera jornada
no se atrofien las alas, ni oleada
de cieno vil ensucie nuestras plumas:

Alma: tal es la orientación mejor,
tal es el instintivo derrotero
que nos muestra un lucero
interior.

Aunque nada sepamos del destino,
la noche a no temerlo nos convida.
Su alfabeto de luz, claro y divino,
nos dice: «Ven a mí: soy el Camino,
la Verdad y la Vida.»

IX

ÉXTASIS

SERENIDAD! ¡Serenidad!
El mar,
como un gran poeta, nos anima
al ensueño, y el enjambre estelar
tan inmediato nos parece estar
cual si fuese a caérsenos encima,
derrumbándose como inmenso altar...

Un gran fleco espumoso
se desgarra en la arena lentamente,
como encaje de albor fosforescente,
y a la vez—¡oh milagro!—melodioso.

El mar, así arropado
en la diáfana noche diamantina,
se nos figura más desmesurado
que cuando a plena luz lo hemos mirado:
¡siempre es más grande lo que se adivina!

¡Serenidad! ¡Serenidad!
La palma
con esbelteces núbiles, descuella
cual Sulamita en éxtasis,
...y el alma
comulga con la luz de cada estrella.

X

PAZ LUNAR

Llevas en ti mismo un amigo
sublime, a quien no conoces.
KRISHNA.

CUANDO en la sobria plata del cabello
su plata celestial posa la luna,
viene a mí una gran paz con su destello:
cierta vaga esperanza de algo bello
que tiene que llegar sin duda alguna.

Un instinto sutil, me dice: «Lucha
y aguarda: lo que sueñas no es mentira;
hay quizás un oído que te escucha,
y una mano invisible, siempre ducha
(no tu mano mortal), hiere tu lira.

«En lo más escondido de tu mente,
detrás de una enigmática barrera,
vive un ser misterioso, un dios silente,
un inmortal y arcano Subsconsciente,
y ése tiene razón: Espera, espera.»



XI

LLEGÓ EL OTOÑO

OH mi dilecta paz laboriosa,
mis placideces de solitario
junto a la almita cándida, lírica y jubilosa
de mi canario!

¡Oh sutil aire lleno de arbóreas
emanaciones, oh cielo límpido que se descubre
de mis ventanas, oh loca esencia de mis marmóreas
varas de nardo (nieve olorosa del mes de octubre)!

¡Precoz blancura de la eminente
y augusta cumbre del Guadarrama!
Tinte ya sepia, pero riente
aún y suave del panorama!

¡Sol quizá triste, por lo distante;
mas con celeste blandura dando su luz y abrigo!
¡Sol que sonríe como el semblante
acaso pálido, mas bondadoso, de un viejo amigo!

Y en cada brote, flor o retoño,
cierta solemne gracia tardía
que nos murmura: «¡Soy el otoño! Soy el otoño
lleno de santa melancolía...

«Pasó el verano que hace a la virgen tan seductora;
pasó el impulso febril que sexos y almas agita;
ya del silencio contemplativo llegó la hora...
Piensa serenamente en lo Arcano, ¡calla... medita!»



XII

RENUNCIACIÓN

Oh Siddharta Gautama, tú tenías razón:
las angustias nos vienen del deseo: el edén
consíste en no anhelar, en la renunciación
completa, irrevocable, de toda posesión:
quien no desea nada, donde quiera está bien.

El deseo es un vaso de infinita amargura,
uu pulpo de tentáculos insaciables, que al par
que se cortan, renacen para nuestra tortura.
El deseo es el padre del esplín, de la hartura,
¡y hay en él más perfidias que en las olas del mar!

Quien bebe como el Cínico el agua con la mano,
quien de volver la espalda al dinero es capaz,
quien ama sobre todas las cosas al Arcano,
¡ése es el victorioso, el fuerte, el soberano,
y no hay paz comparable con su perenne paz!



XIII

FIDELIDAD

De todo y todo lo que yo he amado,
sólo las rimas no me han dejado.
Conmigo moran bajo la tienda,
o vuelan ágiles a mi lado,
mientras claudico, ya fatigado,
por agria senda.

Doliente, triste... mas resignado
a que ninguno mi mal comprenda,
en el Misterio me he refugiado.
En la comarca de lo soñado,
frente al castillo de la Leyenda,
vivo ignorado.
Pero las rimas no me han dejado:
conmigo moran bajo la tienda.

Væ soli!... dice, rugiendo airado,
el Viento, en torno de mi vivienda.
Væ soli! aulla desesperado...
Y yo le grito (para que entienda):
—«No estoy tan solo, compadre alado:
tengo mis rimas; no me han dejado:
conmigo moran bajo la tienda.»



XIV

HATHA-YOGA

Yo tengo la voluntad
en ejercicio perpetuo:
esa voluntad que acaba
por mandar (si persevero)
a las almas de los vivos
y a las almas de los muertos.

La voluntad, que en la lucha,
en el noble vencimiento
de sí mismo, a cada instante
va creciendo, va creciendo,
y al fin transporta montañas
y al cabo enciende luceros.

Yo tengo la voluntad:
con ella todo lo tengo,
pues Dios mismo sólo es
una voluntad sin término,
que exterioriza, penetra
y mantiene el universo.

Yo tengo la voluntad...
mas no la gasto en terrenos
antojos, ni en procurar
privanzas, honras, empleos.
Mis alas suben más alto:
van lejos, mucho más lejos.
Mi reino no es de este mundo,
y he de llegar a mi reino.



XV

LA MUERTE NUESTRA SEÑORA

La muerte, nuestra Señora,
está llena de respuestas:
de respuestas para todos
los porqués de la existencia.

Silencio de los silencios
tal vez llamarla debieran;
mas, quien sabe interrogarla,
quien tiene fina la oreja,
escucha cosas muy hondas
en medio de las tinieblas.

Es una dama muy pálida
la Muerte; ¡mas tan serena!
Con unos ojos inmensos
que miran de una manera...

Sobre sus hombros de mármol,
en que los besos se hielan,
cae en negros gajos fúnebres
la majestad de las trenzas.
¡Qué afiladas son sus manos!
¡Qué seguras y qué expertas!
Cogen nuestra alma al morirnos
con una delicadeza...

¡Qué maternal su regazo!
¡Y qué benigna y qué tierna
su boca, que nos dará,
en voz baja, las respuestas
a los porqués angustiosos
que torturan la existencia!

XVI

HAY QUE...

HAY que andar por el camino
posando apenas los pies;
hay que ir por este mundo
como quien no va por él.

La alforja ha de ser ligera,
firme el báculo ha de ser,
y más firme la esperanza
y más firme aún la fe.

A veces la noche es lóbrega;
mas para el que mira bien,
siempre desgarra una estrella
la ceñuda lobreguez.

Por último, hay que morir
al deseo y al placer,
para que al llegar la Muerte
a buscarnos, halle que

ya estamos muertos del todo,
no tenga nada que hacer,
y se limite a llevarnos
de la mano por aquel

sendero maravilloso
que habremos de recorrer,
libertados para siempre
de Tiempo y Espacio. ¡Amén!



XVII

SERENA TU ESPÍRITU

SERENA tu espíritu, vive
tu vida en paz.
Si sólo eres sombra que traga
la eternidad,
¿por qué te torturas, por qué
sufrir, llorar?

¿Que fuiste infeliz una hora?
pues buscalá...

¿En dónde se encuentra esa hora?
Pasó... ¡no es más!
Tu pobre vivir, malo, bueno,
cayendo va
en un pozo obscuro... Las dichas
¿qué más te dan,
si apenas adviertes un goce
ya muerto está?

¡Serena tu espíritu, vive
tu vida en paz!

XVIII

YO NO SOY DEMASIADO SABIO...

Yo no soy demasiado sabio para negarte,
Señor; encuentró lógica tu existencia divina;
me basta con abrir los ojos para hallarte;
la creación entera me convida a adorarte,
y te adoro en la rosa y te adoro en la espina.

¿Qué son nuestras angustias para querer por ellas
argüirte de cruel? ¿Sabemos por ventura
si tú con nuestras lágrimas fabricas las estrellas,
si los seres más altos, si las cosas más bellas
se amasan con el noble barro de la amargura?

Esperemos, suframos, no lancemos jamás
a lo Invisible nuestra negación como un reto.
Pobre criatura triste, ¡ya verás, ya verás!
La Muerte se aproxima... ¡De sus labios oirás
el celeste secreto!



XIX

A QUÉ...

A qué tantos y tantos sistemas peregrinos!
¡a qué tantos volúmenes y tanta ciencia, a qué!
Si lo que más importa, que son nuestros destinos,
se nos esconde siempre; si todos los caminos
conducen al «no sé!»

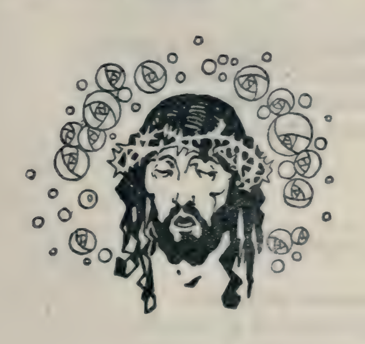
Marchamos pensativos
por parajes inciertos,
tras el Deus Absconditus que nadie ver logró
y del cual no sabemos ni qué hace con los muertos,
ni por qué nos destruye, ni por qué nos creó.

(Le amamos, sin embargo; y en este cautiverio,
bebemos, bendiciéndole, su acíbar y su hiel.

Le amamos, sí, le amamos... ¡quizá por el misterio
torturador, inmenso, divino, que hay en Ell)

... Mas nunca entenderemos la esencia de las cosas,
y, pues que lo Absoluto siempre nos ha de huir,
dejemos lo Absoluto y aspiremos las rosas
(las pobres rosas pálidas, enfermas, espinosas
y mustias) del vivir...

Brille nuestra sonrisa, cual una mansa luz
crepuscular, en toda labor, en toda pena,
y como Jesucristo, llevemos nuestra cruz,
con el alma dolida, pero noble y serena.



XX

TEMPLE

Estoy templado para la muerte,
templado para la eternidad,
y soy sereno porque soy fuerte:
la fuerza infunde serenidad.

¿En qué radica mi fuerza?
En una
indeferente resignación
ante los vuelcos de la fortuna
y los embates de la aflicción.

En el tranquilo convencimiento
de que la vida tan sólo es
vano fantasma que mueve el viento,
entre un gran antes y un gran después.

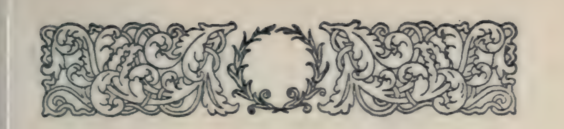


XXI

ULTRAVIOLETA

HAY problemas que tienen claridades de luna
y otros con esplendores de mañana de abril.
Mi problema, luz vierte muy blanda y oportuna:
no es que esté obscuro, es una
claridad más sutil...

Claridad para ojos crepusculares, para
ojos contemplativos, avezados a ver
ese presentimiento de luz tan tenue y rara
que palpita en los ortos, antes de amanecer...



XXII

SOL

Mi alma serena vive y sumisa.
Maté tristezas, ansia, inquietud.
Sobre el desastre de mi salud,
brilla el sol claro de mi sonrisa.

Nada mi firme sosiego altera.
La vida amasa barro a mis pies;
pero mi frente más limpia es
que un mediodía de primavera.

Doliente amigo: ven de mí en pos.
Si estás por sombras obscurecido,
yo con los tristes mi sol divido:
¡hay luz bastante para los dos!



XXIII

LIMPIDEZ

No remuevas el poso de tu vida.
Si hay légamo en el fondo,
qué importa: está muy hondo,
y mancillar no logra los cristales.
Sobre el agua dormida,
puede aún retratarse la escondida
verdura de las frondas estivales...

El légamo no merma
la transparencia casta de la fuente,
a condición de que en el fondo duerma
perennemente,
o de que síntoma de su existencia
sea sólo la nítida presencia

de nenúfares blancos, desmayados
de amor sobre los límpidos espejos
del agua, y cuyos tallos alargados
nos dan la flor... ¡dejando el cieno lejos!



XXIV

COMUNIÓN

Son horas de infinita serenidad, muy bellas,
y en idéntico ensueño comulgamos los dos.
La noche nos regala con un montón de estrellas:
la paz está en las almas... ¡Bendigamos a Dios!

Dilata tus pupilas para que el firmamento
refleje y copie en ellas su augusta majestad.
¡Ensancha bien tu espíritu! Abre tu pensamiento,
¡para que en ellos quepa toda la eternidad!

XXV

CÉLULAS, PROTOZOARIOS

CÉLULAS, protozoarios, microbios... más allá
de vosotros ¿hay algo?
Pronto nos lo dirá
el microscopio intruso, pertinaz y paciente.
Mas tal vez la materia se empequeñecerá
tanto bajo su lente,
que un día, como espectro, se desvanecerá
ante el ojo del sabio, quedando solamente
la Fuerza creadora, cuyo oleaje va
y viene omnipotente,
y fuera de la cual nada es ni será...



XXVI

EL NUDO

APRETADO era el nudo:
apenas si al mirar atentamente
se advertía el camino
de las diversas cintas
entrelazadas en estrecho abrazo
(como si en su inconsciencia se adoraran),
y formando una sola
protuberancia, que, maciza y fuerte,
desafiaba mis dedos.

Apretado era el nudo,
y yo estaba anheloso
de saber lo que, envuelto
en el blanco papel que sujetaba,
podría contenerse.

Apretado era el nudo y grande, grande
la tentación de hacer lo que Alejandro
hizo con el de Gordius, rey de Frigia.

Apretado era el nudo;
¡pero no lo corté! Pacientemente,
con los índices ágiles
y los chatos pulgares, lo deshice,
después de largo tiempo de faena.

Y quedé satisfecho de mí mismo
y me dije: no más he de cortar
los nudos, por difíciles que sean
de desatarse... Cuidadosamente,
hábilmente, serenamente, puestas
en ello la atención y la paciencia,
habré de deshacerlos.
Jamás los filos rudos
de mis tijeras forzarán la unida
red de cintas...
¡Jamás cortaré nudos,
por estrechos que sean, en la vida!

XXVII

SOÑAR ES VER...

SOÑAR es *ver:* un ángel que llega callandito,
deshace nuestras vendas con dedos marfileños...
La noche es de los dioses; soñando, los visito.
¡Quién sabe qué ventanas que dan al Infinito
nos abren los ensueños!



XXVIII

CAMINO ADELANTE

TRANQUILO voy por el espacio abierto
a mis firmes pisadas,
para Dios, vivo; para el hombre, muerto;
desdeñoso de halagos, de miradas,
y de toda existencia que no corre
por los cauces divinos del Ensueño.

Erguido hacia el azul, como la torre;
antiguo ya como las olimpiadas
y como el sol de abril, claro y risueño.

La vida es mía: para mí almacena
sus tesoros de amor y de sustancia
inmortal, que me brinda a mano llena.

Igualmente distante
de desalientos como de arrogancia,
con la frente serena,
voy camino adelante...



XXIX

ALMA MATER

Yo me figuro a la Naturaleza
como a la gran giganta
de Baudelaire. Ojos bovinos, baza
piel, labios gruesos y jugosa boca.

Sí, toda ella es obscura,
como la buena tierra,
como el tronco del árbol,
como el pan de centeno...

Y me imagino que sonríe plácida
y serena y augusta
y que, con sus dos manos sarmentosas,
acaricia mi frente

y la apoya en sus senos
de fecundo pezón ennegrecido,
y la recuesta sobre el ritmo blando
de esos senos enormes, y parece
decirme: «Ya no inquieras
ni penes más: ¿no ves que yo sonrío?
¡Duérmete, que yo habré de despertarte
cuando llegue el momento
de todo despertar, pobre hijo mío!»

XXX

DE PASADA

A mis presurosos años, que serenos
por el mundo marchan, al placer ajenos,
díceles la Dicha, viéndoles venir,
y ellos le responden lo que vais a oir:

—«Oh la turba pálida, ¿por qué tan de prisa?
Descansad un rato, vuestra es mi morada;
os daré mi lecho, mi pan, mi sonrisa...»

—«Somos peregrinos; vamos de pasada;
no queremos nada.»

—«Aceptad al menos, para restauraros,
la cándida leche, recién ordeñada,
de mi vaca negra de los ojos claros...»

—«Somos peregrinos; vamos de pasada:
no queremos nada.»

—«Respirad un poco la ideal esencia
de mis bellas flores que el rocío baña:
hay lirios de Harlem, rosas de Florencia,
claveles de España...
Escuchad siquiera los diáfanos trinos
de mis ruiseñores bajo la enramada...»

—«Somos peregrinos;
vamos de pasada;
no queremos nada.»





XXXI

MAR DE LA SERENIDAD

Mis ojos se han vuelto claros
de tanto mirar al mar;
de tanto verlo en mi vida,
las olas vienen y van
y hay horizontes sin límites,
de severa majestad.

Mi pensamiento, antes frívolo,
de tanto mirar al mar,
se ha vuelto apacible, grave;
y es tal su profundidad,
que en vano un buzo de almas
fondo habría de buscar.

Mis melancolías cantan
blandamente, como el mar,
la misma canción monótona,
al mismo viejo compás.

En mi corazón, enfriado
por la pena y por la edad,
reinan la quietud y el hielo
del océano glacial.

Recogido, silencioso,
esquivo y áspero, está
como una roca perdida
en la gris inmensidad.

Sólo hay algo que no tiene
mi espíritu como el mar:
las cóleras; no hay en mí
ya vientos de tempestad
ni espumas rabiosas. Nada
te puede encolerizar,
mar muerto, mar de mi alma,
«mar de la Serenidad».

XXXII

NEC SPES NEC METU

Ni *miedo ni esperanza...* ni angustia ni tristeza:
si quiere Dios, mendigo; si así le place, rey.
Mi mente late al ritmo de la naturaleza,
¡mi voluntad es una con la divina ley!

XXXIII

ESTOY CONTENTO

Estoy contento porque lo creado
no tiene límites: estoy contento
porque es fatal esta ascensión humana
hacia la luz: porque hay cientos de sabios
que, en sus laboratorios,
van arrancando a Isis sus secretos:
porque una fulgurante
legión de altos poetas
ahonda cada vez en el océano
del Subconsciente:
porque se acerca el plazo
en que, cual una aurora irresistible,
que invadirá y envolverá la tierra,
ha de venirnos la revelación...

La Ciencia y la Poesía
la traerán, cada una de la mano;
y entonces ya no habrá ningún arcano
y en las almas, ¡por fin! será de día.



XXXIV

Lector: tal vez murmures (y tal vez con verdad),
después de que las páginas de este libro leíste,
que mi serenidad es un poquito triste...
¿No es así, por ventura, toda serenidad?


II
RIMAS IRÓNICAS
Y CORTESANAS



I

DISCRETEOS

Cómo creer, marquesa, que vuestro afán responde
a mi afán! ¿Estáis loca? Ni siquiera soy conde,
ni esnob, ni deportista. Si voy a los salones,
recórrolos furtivo, como en discreta fuga,
luciendo mi pechera sin mácula ni arruga,
y mi solapa virgen de condecoraciones.

Odio el *bridge:* no tengo ni «Renault» ni «Mercedes».
ni en mi haber una dama chic, caída en mis redes...
Todavía me gustan las cosas naturales,
los amores sin química ni amistad de maridos,
los embelesos jóvenes, aún semidormidos
el pudor zahareño, los silvestres panales...

¡Esperad a la tarde, mi querida marquesa!
No importa que se amengüen esos tonos de fresa
de vuestros labios; pienso que besarán acaso
con más arte, del sol poniente a los reflejos...
Seremos refinados siendo un poco más viejos
¡y beberemos juntos nuestro postrero vaso!

II

MENSAJE

DICE la Dama, que *fué*,
que ya no *es*, que un barrunte
de nieve en su pelo ve...
—Decid a la Dama que
su tarde a mi tarde junte.

Decidla que hay un edén
en los besos otoñales
sobre la nuca o la sien;
decidla que huelen bien
en Septiembre los rosales;

Que si el ardor que empleé
en requerirla de amor

excesivo acaso fué,
yo le aterciopelaré
en adelante ese ardor;

Que haré blandura mi afán,
y, por obviarla sonrojos,
nuestras manos se unirán
sin fiebre, y se encontrarán
pensativos nuestros ojos;

Que nos embelesará
un afecto grave y hondo;
que mi frente ansiosa está
de posarse un poco ya
sobre su seno redondo;

Que aún germina el verdor
en nuestra alma, de un retoño
tardío, quizá el mejor;
que hay todavía fulgor
en las tardes de mi otoño;

Que mi soledad reclama
la suya; que somos dos
hielos que han menester llama...
Decid todo esto a la Dama,
oh dueña, y que os guarde Dios.

III

EL SALUDO MEJOR

I

Su diadema es una flor,
y su collar diez y ocho años.
Las otras ostentan perlas
sobre los escotes blancos,
pedrerías en el pecho
y corona en los tocados.
A través de sutil blonda,
Ella insinúa los trazos
breves, divergentes, firmes,
de sus dos senos de mármol.

II

—Duquesa, ¡qué bello traje!
—Es, marquesa, vuestro encaje,
de rara magnificencia.

... Ella, no más una flor,
y el abrileño esplendor
de su azul adolescencia.

III

Preside la embajadora,
la duquesa va después,
en seguida la marquesa,
la condesa al fin se ve.
(Se dirigen a la mesa
ornada de rosas-te.)

... Y Ella al último; mas tienen
sus diez y ocho años sencillos,
aspecto de pajecillos
que la cauda le sostienen.

IV

El joven rey casadero
llega y la advierte primero:
—¡Hola, condesa!—¡Señor!
—¡Adiós, Blanca!—Sol, ¿qué tal?
—Pues, ¿y vuestro embajador,
Madama?—¿Cede ese mal,
duquesa?
Luego, el mejor
saludo a ella: un temblor
leve en la diestra real...



IV

¡OH, LA RAPAZA!

Oh, la rapaza de quince abriles,
asustadiza como las corzas
y los antílopes...
¡No, no duquesas ni damiselas
llenas de nervios y de melindres,
de carnes flácidas,
embadurnadas de crema y tintes!

¡Estoy cansado de *pose* y seudo-
refinamiento, de esnobs y títeres!

Dame tu boca tan fresca,
dame tus brazos tan firmes,
dame tus ojos,
dame tu cuello,
¡dáteme toda tú, virgen!





V

NOCTURNO PARISIENSE

(Desde la terraza de un café.)

PASA la barba poética,
fluvial y profética,
de un bohemio que no come nada...

Pasa la paz apoplética
y congestionada
de un vividor...
Pasa, hética,
alguna peripatética

trasnochada,
muy pintada...

Pasa un apache con una
golfa.—Queda el bulevar
encomendado a la luna
de París...
¡Voime a acostar!
—Bueno, y a qué tanta vana
verba...
—Pues pregúntalo
mañana:
Hoy es tarde y tengo gana
de faire dodo!

VI

CONSONANTE...

CONSONANTE, redoble pueril, murga liviana,
que hace a todos los simples salir a la ventana;
obstáculo invencible del prócer pensamiento;
artificio fedudal de juglería; viento
que impide oir los ritmos llenos de aristocracia
(para el amor platónico, fórmula de eficacia
segura); cascabel de saltimbanqui; treta
que de tantos ingenios es la sola receta;
canutillo sonoro, lentejuela esplendente:
¡imposible dejarte! Soy tu forzado; siente
mi pie tu plomo esférico, tu pesada cadena...
Has cortado las alas al águila serena
de mi idea, por ti cada vez más ignota,
cada vez más esquiva; cada vez más remota.

Como alma de la carne, quizás el Verso puro
logrará, sin embargo, librarse del conjuro
de tu molicie gótica, llena de sortilegios,
de la cadencia bárbara que llora en tus arpegios...
Hallará la ecuación de la Belleza suma;
desnudo como Venus, surgirá de la espuma,
y en su hermético frasco del más limpio cristal,
encerrará, cual rayo de luz, al Ideal.

VII

LOS CUATRO CORONELES DE LA REINA (1)

La reina tenía
cuatro coroneles:
un coronel blanco,
y un coronel rojo,
y un coronel negro,
y un coronel verde.

El coronel blanco, nunca fué a la guerra;
montaba la guardia cuando los banquetes,

---

(1) Para complacer a la hermosa muchacha que me pidió «un cuento de reinas, muy raro».

cuando los bautizos y cuando las bodas;
usaba uniforme de blancos satenes;
cruzaban su pecho brandeburgos de oro,
y bajo su frente,
que la gran peluca nívea ennoblecía,
sus límpidos ojos de un azul celeste
brillaban, mostrando los nobles candores
de un adolescente.

El coronel rojo, siempre fué a la guerra
con sus mil jinetes
o, llevando antorchas en las cacerías,
con ellas pasaba cual visión de fiebre.
Un yelmo de oro con rojo penacho
cubría sus sienes;
una capa flotante de púrpura
al cuello ceñía con vivos joyeles,
y su estoque ostentaba en el puño
enorme carbúnculo ardiente.

El coronel negro para las tristezas,
los duelos y las
capillas ardientes;
para erguirse cerca de los catafalcos
y a las hondas criptas descender solemne,

presidiendo mudas filas de alabardas,
tras los ataúdes de infantes y reyes.

Mas cuando la reina dejaba el alcázar
a furto de todos, recelosa y leve;
cuando por las tardes, en su libro de horas,
miniado por dedos de monje paciente,
murmuraba rezos tras de los vitrales;
cuando en el reposo de los escabeles
bordaba rubíes sobre los damascos,
mientras la tediosa cauda de los meses
pasaba arrastrando sus mayos floridos,
sus julios quemantes, sus grises diciembres;
cuando en el sueño sumergía su alma,
silencioso, esquivo, la guardaba siempre
con la mano puesta sobre el fino estoque,
el coronel verde...

El coronel verde llevaba en su pecho
vivo coselete
color de cantárida; fijaba en su reina
ojos de batracio, destilando fiebre;
trémula esmeralda lucía en su dedo,
menos que sus crueles
miradas de ópalo, henchidas de arcanos
y sabiduría, como de serpiente...

Y desde que el orto sus destellos lanza
hasta que en ocaso toda luz se pierde,
quizás como un símbolo, como una esperanza,
¡iba tras la reina su coronel verde!



VIII

¡PARÍS!

Se escuchan lejanas orquestas
que tienen no sé qué virtud.
El Bosque es un nido de fiestas...
¡Oh! ¡mi juventud!

Islotes de azul claridad,
cascada que en blando fluir
despeña su diafanidad,
¡dicha de vivir!

Mujeres que sólo se ven
aquí, como cisnes, pasar,

y prometedoras de un bien
que no tiene par...

Prestigio de flores de lis,
perfume de labios en flor...
¡París! ¡Oh, París! ¡Oh, París!
¡Invencible amor!



IX

OH, MADUREZ...

Oh madurez irónica y maldita!
Por dentro juventud, por fuera daños...
Siempre que veo una mujer bonita,
mi incorregible corazón palpita
¡sin acordarse de sus cuarenta años!

Mas, si ella los advierte, preterido
soy por aquel insustancial muchacho
que tal vez no podrá ser ni marido...
Todo, porque la sien ha emblanquecido
y hay pimienta con sal en el mostacho.

¿Morir? sí, bien está: ¡morir amado
y amando hasta expirar! Mas ver perdida

por siempre a la mujer, porque ha nevado
en nuestra sien, no obstante que, colmado
corre el río potente de la vida,

¡es cruel! Es venganza de una ignota
hada vieja, incapaz de amor, que quiso
pagáramos nosotros su derrota,
y hurtó, con aspavientos de devota,
a la virilidad el paraíso.

X

PAS MEME UN FUTURISTE..

Yo no sé nada de literatura,
ni de vocales átonas o tónicas,
ni de ritmos, medidas o cesura,
ni de escuelas (comadres antagónicas)
ni de malabarismos de estructura,
de sístoles o diástoles eufónicas...

O que cela m'attriste,
mais... je ne suis pas même un futuriste!

Abomino de la pedantería,
y el solo título de «Humanidades»

me indigesta el almuerzo...
                                        Poesía,
polo eterno de las idealidades,
¡qué ajena eres a esa algarabía
de necios dómines! Mas no te enfades,
Diosa, ¡que aún nos queda la ironía!

O que cela m'attriste,
mais... je ne suis pas même un futuriste!

XI

PRODIGALIDAD

Ciertamente, no tengo la admiración muy fácil;
pero adjetivo bien a unas y otros; a ellas
les prodigo lo «chic», lo «lozano», lo «grácil»,
lo «estupendo»; a los hombres los subo a las estrellas.

Por escrito, despacho lo menos diariamente,
diez «ilustres», dos «sabios», un «gran», cuatro protestas
de adhesión, tres «insignes», con algún «eminente»,
¡y otras cursilerías por el estilo destas!

Desfloro hasta los libros más malos... ¡Ah! bien sé
que muchos ni los abren, pero yo soy pulido

y, por si alguna vez el donante los ve,
la plegadera cómplice me ayuda para que (1)
si es ingenuo, se crea que me los he leído.

Leo poco y muy bueno. Mi vida, de contino
laborar, tiene tanto que aprender todavía...
Luego, la flor, el agua, la estrella, el sol, el trino
del ave, el árbol, piden mi beso de poesía,
diciendo: «Somos todo, ven: ¡lo demás no es sino
tedio y melancolía!»

---

(1) La *e* de *que*, no es tónica—para rimar con *ve*, mi querida... Verónica.—*N. del Autor.*

XII

EL BRAZO DE CONCEPCIÓN

J'ai peur d'un baiser
comme d'une abeille...
VERLAINE.

SOY cosa tan pequeñita,
que, con su brazo desnudo,
mi vecina Concepción
me incita...

Ella sonríe; saludo...
¡y me escapo del balcón,
lleno de susto y de cuita,
ante aquella tentación
maldita!

—¡Y por qué!—dirás—¿no es bella?
—Es bella y rubia en verdad,
y yo libre y libre ella;
¡mas guardo fidelidad
a la que está en otra estrella!

... Y además, estoy enfermo,
y mi alma es un arenal
tan desolado, tan yermo,
que allí no prende un rosal.

¡Nada amo,
nada quiero,
nada busco, nada espero
ni reclamo!

... pero
soy cosa tan pequeñita
que, en cuanto sale al balcón
mi vecina Concepción,
¡lleno de susto y de cuita,
huyo de la tentación
maldita!

XIII

WHISKEY AND SODA

AUN cuando ya no beba (quizás por no poder)
ni el familiar e inocuo vermut, no se incomoda
mi moral con el triste cuyo sólo placer
es el topacio líquido de su whiskey con soda.

Si, como Baudelaire dijo, es fuerza estar ebrios
de algo (virtud, ensueño, vino, amor), yo querría
más que el tosco excitante de glóbulos y nervios (1),
vivir borracho de éxtasis, de fe, de poesía...

¡Pero siento no sé qué atracción singular
por aquellos misántropos de soledad beoda
y lírica, que buscan en el fondo del bar
las mentales caricias de su whiskey con soda!

(1) Ebrios y nervios están rimados intencionalmente.—*N. del Autor.*



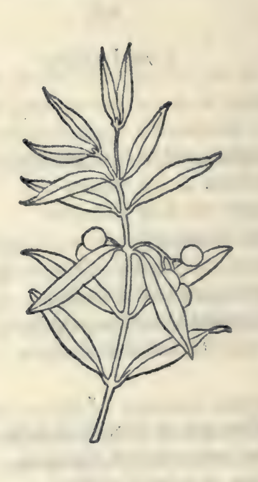
XIV

INMOVILIDAD

No te agites, que la inmovilidad
es la sabiduría de los dioses.
¡Nada logras con ires y venires
ardillescos! ¿Supones
que hallarás algo nuevo? Ya no hay
ninguna novedad bajo los soles
que, como gotas trémulas, salpican
el ropaje talar de nuestras noches.

Bien sabes que lo mismo es todo... todo:
el amor, las mujeres y los hombres,
los negocios, el arte, la política,
las ciudades, el tren, el automóvil,
los hoteles, la turba de lacayos;

éstos y los antípodas... ¡No estorbes
el hormigueo imbécil de los otros!
... Compra el Eclesiastés cuando lo topes,
y no te agites: ¡la inmovilidad
es la sabiduría de los dioses!



XV

CREDO

Preguntas en qué creo de fijo? No recato
mi confesión de fe, muy simple y cristalina:
Creo en Dios, y en el noble sulfato de quinina,
y a veces creo en Dios... ¡pero no en el sulfato!

Lo demás, es *acaso*, *puede ser* y *quizá:*
lo demás, son dos mil años de discusiones;
es mucha teología, muchas definiciones,
sobre algo indefinible que envuelto en sombra está.

... Pero si me preguntas qué es lo que amo, verás:
¡Amo a Cristo Jesús!
—¿Haya o no haya venido?

—¿No amamos tantas cosas que nunca han existido?
¿No amamos tantos seres que no veremos más?

¿Piensas que necesito dioses de carne y hueso
para adorarlos? Yo adoro las ideas
hechas dioses...
—¿Aun cuando nunca esos dioses veas?
—¡Quién sabe si los amo justamente por eso!

XVI

A UN GALÓFOBO

CUANDO juzgas a Francia, tu dialéctica es
rabiosa... y sin embargo, mi querido escritor,
lo único que vale de tu obra, es francés.
París ha sido siempre tu colaborador.

Así, a pesar de todo, tu orgullo, tu arrogancia,
tu galofobia cáustica, tu mordaz acritud,
el oro de tus libros es buen oro de Francia,
y lo tuyo... lo tuyo, ¡sólo es la ingratitud!

XVII

LO ETERNO

¿Vamos suprimiendo las dedicatorias,
amigos poetas? ¿Vamos suprimiendo
todos esos azúcares tontos,
ese adjetiveo
depreciado: los «grandes», «eximios»,
«eminentes», «geniales», «excelsos...?»

Una firma quizás... eso sólo;
y después de la firma, ¡talento!
La tersura serena del libro
y la gracia ondulante del verso.

XVIII

A UN AMIGO PIADOSO, TONTO Y BUENO

SEGÚN el humorismo del ático Anatolio,
Quirón, aquel centauro de Aquiles preceptor,
y Trajano, el honesto purpurado del solio,
hijo de España, «pío, felice y triunfador»,

Se salvaron, cumpliendo con la ley natural;
y yo de aquí colijo, razonando a mi modo,
que si Quirón salvóse, siendo medio animal,
te salvarás mejor tú que lo eres del todo...

No discutas los dogmas; los dogmas te complican.
Observa, sí, los ritos, simples, a la española;
reza siempre que doblen; ríe cuando repican,
oye misa el domingo, y tendrás aureola.

¿Quién dice que no vales más que los que pretenden
hallar el mecanismo de los centros motores?
¡Los sabios!... ¡Si supieras lo poquito que entienden,
y qué obtusos cerebros son los de los doctores!

Yo te quiero, pues siempre me sabes escuchar;
ríes ingenuamente cuando suelo reir,
y callas como piedra cuando quiero callar.
Dios te lo toma en cuenta, y al fin te ha de salvar,
como a Quirón, que supo la ciencia de vivir.



XIX

RESUMEN

RESULTA, pues, que huí del mundo fútil;
que no gocé, que ni amasé riqueza
ni honores... que fuí, en suma, un ser inútil.
(¡Santa inutilidad de la Belleza!)

... Y mi amigo, el finchado, que se mofa
de aquello que no entiende, así me humilla:
—¡Menos estimo al que ensambló una estrofa,
que al carpintero que ensambló una silla!—

Sonrío yo, sin el más leve enfado,
y de mi voz poniendo en el registro
una suave ironía, le respondo:
—Pues por algo llegó usted a ministro
y académico; lo han condecorado
la mar, y es conde... mientras yo, me *escondo.*—




III
AMOR





I

¡AMEMOS!

Si nadie sabe ni por qué reímos
ni por qué lloramos;
si nadie sabe ni por qué vinimos
ni por qué nos vamos;

Si en un mar de tinieblas nos movemos,
si todo es noche en rededor y arcano,
¡a lo menos amemos!
¡Quizás no sea en vano!

II

CANTO DE AMOR (1)

I

He rasgado mi capuz,
y te muestro (¿no te asombra?)
el prodigio de una sombra
toda trémula de luz.
Espinas, gólgota, cruz:
¡no más! ¡se han desvanecido!
Revientan la flor y el nido
en las ramas de mi huerto...
Amor, yo no estaba muerto:
¡estaba sólo dormido!

(1) Escrito en 1897 y hasta hoy no coleccionado. *(Nota de la primera edición.)*

II

Eres, oh gracia infinita,
voz de vida y de batalla
que dice a la yema: ¡estalla!
y al corazón: ¡resucita!
Eres el numen que grita
con inflexión soberana:
el numen del *Ramayana*,
robusto como un atleta,
en el ánfora discreta
de una rima becqueriana!

III

Tus ojos son mar risueño
o doliente, adonde llega
tenue luz, y en que navega
cual góndola azul, el sueño...
¡Oh! tu mirar... ¡qué beleño
da a mi mal! ¡qué singulares
radiaciones estelares
hay, oh diosa, en tu mirar,
ya lo empañes con pesar,
ya con sonrisas lo aclares!

IV

Para que mi mente ejerza
su vigor, la galvanizas,
la despiertas, la electrizas
con heroísmos de fuerza.
¿Quién hay que mi rumbo tuerza,
si mi alma no te resiste?
A ti voy, pues que tú hiciste
con tu ternura ideal
una aurora boreal
de mi luna enferma y triste.

V

A ti voy, dejando huella
del fulgor, joven señora.
¡Voy mudo, como la aurora,
pero radiante, cual ella!
La luz que mi ser destella,
inundará la creación,
y animará la pasión
en ti, con el centelleo
del fuego de Prometeo,
la estatua de Pigmalión.

VI

Seré Apolo y seré Marte
por ti; vigor, o desmayo.
Para protegerte, rayo,
y jazmín para tocarte...
Te vestiré toda de arte
para que tu alma presienta
el prodigio que me alienta,
y la canción que me inspiras
será un acorde de liras
glosado por la tormenta.

VII

Te labraré, sola y fiera,
en marfil de Singapur,
una lis en campo azur:
¡la realeza en la quimera!
Y en lampo de primavera,
con un rayito sutil,
dibujaré tu perfil,
—tu perfil de medallón,—
que brillará en la extensión
en las mañanas de Abril!

VIII

Oye: fuera un arrebol
por volverte nube hermosa;
oye: fuera nebulosa
¡con tal de volverte sol!
Oh mi alma, girasol
de una estrella soberana,
que vas con angustia vana
demandando sus reflejos:
¿no ves que brilla muy lejos?
—Y el alma dice: «¡Mañana!»

IX

Di, ¿qué virtudes exhalas
que, aunque estoy de ti distante,
hay en mi cielo constante
peregrinación de alas?
¿Por qué en mi espíritu igualas
con tu beldad a la inmensa
visión de Dios?... ¡Cuán intensa
es la fe que te interroga!
Soy el cometa que boga,
y tú la estrella que piensa.

X

¡No! Yo no tengo en mi historia
un cariño al tuyo igual:
quererte es un ideal
y alabarte es una gloria.
¡Que perezca la memoria
de antiguas insensateces!
Sólo tú laude mereces,
y ante tu alteza y mi amor,
he de ser siempre mayor,
puesto que tú me engrandeces.

XI

Oh, mi Señora: un profundo
clamor diciéndome está
que eres un ángel, que va
de incógnito por el mundo.
Tu poder al infecundo
estro donó la simiente,
y es hoy el estro potente,
hasta unir en sus querellas
al salmo de las estrellas
la rapsodia del torrente.

XII

Pero su fuerza no ignora
tampoco los cantos suaves:
¡Es mar que arrulla las naves
después de azotar la proral
Para ti, mi emperadora,
pues que te quiero, no temas:
tendrá caricias supremas,
será leve como un tul
inmenso: un piélago azul
pródigo en iris y gemas.

XIII

Y si ayer los embelesos
de tus diez y seis abriles
cantó con versos gentiles
en que temblaban los besos,
hoy ya no más serán esos
tus pregones ideales:
pues que tus gracías son tales,
te laLraré con mis brazos
estrofas a martillazos
en granitos inmortales.

III

LOS DOS

COMPLACENCIA de mi ojos,
lujo de mi corazón,
galardón
de mis lentos días tristes,
luz que vistes
mis harapos de ilusión;

Tú que te llamas de todos
los modos,
tú que me amas
por la rubia y la morena,
por la fría y por la ardiente:
tú, llorosa, sonriente,
mala, buena,

según es la dirección
y el rumbo de mis antojos;
complacencia de mis ojos,
lujo de mi corazón:

¡No te apartes de mi vera!
¡Muere tú cuando yo muera!
Llévete yo, pues te traje...
Fuiste noble compañera
de viaje...

Rimemos nuestros destinos
para todos los caminos
futuros, que a mi entender
habremos de recorrer
en lo inmenso del Arcano;
y vayamos por la muerte de la mano,
como fuimos por la vida: ¡sin temer!

IV

LOS ULTIMOS

DICEN que el arte de los versos
está llamado a perecer;
que pronto, no se oirá una estrofa
ni para mal ni para bien;
que ni en la faz de las mujeres
habrá poesía (por más que
Bécquer opine lo contrario...)

Tanto mejor, mi rosa-té;
tanto mejor, mi loto místico;
mi lirio cándido, *tant mieux!*

Cuando la musa el vuelo tienda
ya para nunca más volver,

yo, con celeste exaltación
y de rodillas a tus pies,
diré la flor de mis estrofas
a tu belleza de mujer.

Y en los umbrales de ese mundo
lleno de tedio y de aridez,
tú la postrer inspiradora
serás, y yo el cantor postrer.



V

EL SECRETO

Hay en tus ojos azules
un gran secreto escondido,
y hay al mirarte, Señora,
una pregunta en los míos...

¿Cuál es la pregunta? ¿Cuál es el secreto?
¡Yo lo sé de sobra, pero no lo digo!
Tú, bien que lo sabes, pero te lo callas...

Digámoslo entrambos, si te place, a un mismo
tiempo y de manera que nadie lo escuche:
con los trémulos labios unidos...



VI

DOMINIO

Unos ojos verdes, color de sulfato de cobre;
unos rizos rubios, de pálido sol boreal;
un cuerpo alargado, con *ocho cabezas* de altura;
un extraño espíritu,
¡complejo, profundo, huraño y audaz!

Una voz que finge venir de muy lejos... acaso
de un mundo en que todo lo nuestro será aberración;
y un amor tiránico, fatal, exclusivo, imperioso,
¡que ya para siempre,
con timbre de acero mi vida selló!

VII

EL VIEJO PALACIO

SOBRE el viejo Palacio de los Reyes de España,
vierte, místicamente, su palidez la luna,
impregnándolo todo de un éxtasis y de una
paz que alivian al alma, pensativa y huraña.

Sobre el viejo Palacio de los Reyes de España,
vierte, místicamente, su palidez la luna.

Nieblas inmateriales cobijan la campaña,
que va a soñar su sueño bajo la noche bruna,
y el enigma exquisito de la hora oportuna,
nos invade, nos cerca, nos satura, nos baña.

Sobre el viejo Palacio de los Reyes de España,
vierte, místicamente, su palidez la luna.

Enorme, altivo y prócer, el gris alcázar, cuna
de tanta vieja historia y apolillada hazaña,
se impregna de añoranzas y su misterio aduna
al vaho de misterios, que envía la montaña...

Vierte, místicamente, su palidez la luna
sobre el viejo Palacio de los Reyes de España.

¡Oh!, ven tú, la Escogida, la que fué, cual ninguna,
celestial! Ven al seno de mi amor, que no engaña;
y a la noche de plata que nos envuelve, una
su temblorosa noche de seda, tu pestaña.

Besa, místicamente, mi faz, bajo la luna,
junto al viejo Palacio de los Reyes de España.

VIII

BIEN HAYA LA VIDA

ENTRE el amor que se me va
y el amor nuevo que hoy asoma,
mi corazón, suspenso ya,
como el sepulcro de Mahoma,
entre dos imanes está.

Bien haya la Vida,
que si tanto al mar se lleva,
nos da en cambio una fe nueva
por cada fe perdida.

Adiós, rubia, que me ofreciste
lo más precioso que tenías;

y tú, morena, que viniste
esta mañana, ¡buenos días!

Bien haya la vida,
que si tanto al mar se lleva,
¡nos da en cambio una fe nueva
por cada fe perdida!



X

LOOR

¡Loor a la mujer que me ha mirado!
¡Loor a la que me haya sonreído!
Y aquella que me ha amado,
bendita por el éxtasis logrado,
por el supremo bien inmerecido.

¡Tuyo, tuyo, mujer,
hasta el aliento último he de ser!

Todavía, oh Deidad (aun cuando expiren
mis años mozos), quiero que me quieran,
suspiro porque amándome suspiren,
muero porque de amor por mí se mueran,
y me transporta el alma que me miren.

¡Tuyo, tuyo, mujer,
hasta el aliento último he de ser!

De ti vine, a ti voy, y hasta el descanso
rítmico de tu seno, irá la Parca
a cortar de mi vida el hilo manso.
Serán tus ojos postrimer remanso,
limpio, sereno, azul, para mi barca.

¡Tuyo, tuyo, mujer,
hasta el aliento último he de ser!

Mas ¡ay dolor! Octubre viene aprisa...
Me da miedo pensar que, cuando troven
mis versos con su música imprecisa,
puedan mis canas incitar a risa,
y por eso quisiera morir joven.

¡Tuyo, tuyo, mujer,
hasta el aliento último he de ser!

X

EL BALCÓN VIEJO

Ir por esos pueblos de Castilla, esquivos,
entre húmedas tapias y obscuros casones,
buscando con tristes ojos pensativos
el romanticismo de los callejones...

Tener una novia que, al blando reflejo
vespertino, salga, de negro (1) vestida,
a mirarnos mucho desde el balcón viejo
de una vieja casa semi derruída...

(Desde el balcón vasto, donde con suprema
molicie, hila un gato sus ensueños quietos,

(1) En la impresión anterior, corregida después a mano, decía: «de luto».

y un olor se exhala como de alhucema
y reina un mutismo lleno de secretos.)

Oir las campanas de los monasterios
en la paz unciosa, mientras que derramas,
oh divina tarde, todos tus misterios
en la mansedumbre de los panoramas...

Por la noche, en íntimo rincón apartado,
del velón antiguo so la luz escasa,
componer el verso puro (1) y delicado,
que leerá la novia del traje enlutado,
en el balcón viejo de la vieja casa...

—Y mientras, la Vida sus aguas potentes
va rodando al margen de tu ilusión yerta,
en nobles, fecundas y claras corrientes.
Y tú no la miras, y tú no la sientes...
¡Poeta, despierta, despierta, despierta!

De la Musa pálida deja los hechizos,
no beses sus labios que besan tan quedo,
no alises el oro tenue de sus rizos...
Huye de sus grandes ojos enfermizos...
—Amigo, ¡qué quieres! ¡no puedo! ¡no puedo!

(1) En la impresión anterior: «noble».

XI

UNA ESPAÑOLA

DESEO que me quiera una española
de tez mate, de obscura trenza lisa,
de ojos negros (Pilar, Carmen o Lola,
si gustáis...) Sosegada, fiel, sumisa.

Un poco maternal en su dulzura,
casta al darse, aunque tierna en su abandono,
y que sepa poner en mi ventura
cierto lánguido y tenue medio tono...

Que tenga mucha paz en la alma sana,
mucha luz en los ojos de trigueña,

y un timbre en el reir, de sevillana,
y un ritmo en el andar, de malagueña.

Que en un paraje viva, rodeado
de íntimo huerto, misterioso a veces,
en donde yergan, junto al olmo osado,
el terso tronco pardo los almeces.

Y allí, gozando su beldad morena,
mientras el oro de su voz escucho,
pasar mi vida, mansa, honda, serena,
viendo que ella me mima, que es muy buena,
que reza un poco ¡y que me besa mucho!



XII

SILENCIOSAMENTE...

SILENCIOSAMENTE miraré tus ojos,
silenciosamente cogeré tus manos,
silenciosamente,
cuando el sol poniente
nos bañe en sus rojos
fuegos soberanos,
posaré mis labios en tu limpia frente,
y nos besaremos como dos hermanos.

Ansío ternuras castas y cordiales,
dulces e indulgentes rostros compasivos,

manos tibias... ¡tibias manos fraternales!
ojos claros... ¡claros ojos pensativos!

Ansío regazos que a entibiar empiecen
mis otoños; almas que con mi alma oren;
labios virginales que conmigo recen;
diáfanas pupilas que conmigo lloren.

XIII

COBARDÍA

PASÓ con su madre. ¡Qué rara belleza!
¡Qué rubios cabellos de trigo garzul!
¡Qué ritmo en el paso! ¡Qué innata realeza
de porte! Qué formas bajo el fino tul...

Pasó con su madre. Volvió la cabeza:
¡me clavó muy hondo su mirada azul!

Quedé como en éxtasis...
Con febril premura,
«¡Síguela!» gritaron cuerpo y alma al par.

... Pero tuve miedo de amar con locura,
de abrir mis heridas, que suelen sangrar,
¡y no obstante toda mi sed de ternura,
cerrando los ojos, la dejé pasar!



XIV

YO NO NACÍ PARA REIR (1)

Yo no nací para reir; en vano
el sol baña en sus oros mi cabeza.
Soy gentilhombre del Dolor humano,
y envuelto voy al insondable arcano,
en el manto imperial de mi tristeza.

Nunca supe de bien: supe de dolo,
de frío y soledad. Mi ser remeda
la noche pertinaz que cubre al polo.
Dejadme con mi angustia: estoy tan solo...
Si me quitan mi angustia, ¡qué me queda!

---

(1) Escritos en 1899, y hasta hoy no coleccionados.—*Nota de la primera edición.*

Me quieres, bien lo sé. Piadosa y franca
desciendes a mi mal con heroísmo,
y donde todo es negro tú eres blanca:
florecita de nieve en la barranca
y estrellita de paz en el abismo.

Me quieres, bien lo sé; pero me espanta
pensar que mi existencia es tan obscura,
que tu almita de luz, tu almita santa,
negra se volverá con sombra tanta
por querer que amanezca en mi negrura.

... Y el cielo prueba nuestro amor: el gozo
se alejó, gorjeando, de la reja
donde el sol alumbró tanto alborozo,
y hoy tú ya no eres más que un gran sollozo,
y yo ya no soy más que una gran queja.

¡Cuántas dichas ayer en nuestra escena!
Pero el ala de Dios cubrió el santuario,
y sin piedad de ti que eres tan buena,
te clavó en el madero de la pena,
te trocó en virgencita del calvario.

Mas ¡qué importa! El dolor es soberano
dispensador de gloria y de nobleza.
¡Mi estrellita, mi flor, dame la mano
y vayamos envueltos al Arcano,
en el manto imperial de mi tristeza!



XV

CÓMO EN HERIRNOS LA CRUELDAD SE AFANA (1)

¡Cómo en herirnos la crueldad se afana!
¡Cómo a esquivarnos la piedad empieza!
¡Si parece mentira, mi Damiana,
que siendo tan pequeña el alma humana,
pueda en ella caber tanta tristeza!

¡Oh sombra sin luceros, bien te ensanchas!
¡Oh hierro, bien escarbas nuestra herida!
Mas qué importan, Dolor, tus *avalanchas*
de angustia! ¡Nuestras almas son dos manchas
muy blancas, en lo negro de la vida!

---

(1) Escritos en 1899, y hasta hoy no coleccionados.—*Nota de la primera edición.*

¡Valor! Tú eres virtud y yo denuedo.
Antes de herirnos temblará la daga,
y acaso rompa tan mezquino enredo.
No temas: el puñal tiene más miedo
que el noble corazón a quien amaga...

Ama, sufre, ora, aguarda, y no te asombre,
si siendo buena, tu tormento crece.
¿Qué es la ventura en la existencia? Un nombre.
¿Qué es la vida? Un sollozo; ¿qué es el hombre?
Un átomo de noche que padece...

Ama y aguarda: la creación entera
amando radia y aguardando enflora.
Mira el nido y la rosa en la pradera:
Todos los nidos te dirán: «¡espera!»
todas las rosas te dirán: «¡adora!»

Sufre y aguarda: en la existencia vana,
nuestro amor será luz que siempre arde,
y que siempre arderá, triste o ufana.
Si ayer fué como el sol en la mañana,
hoy será como Vésper en la tarde.

Ora y aguarda: la fortuna inquieta
romper no puede nuestros firmes lazos.
Cuando llegues conmigo hasta la meta,
¡con cuánta fe te cantará el poeta!
¡con cuánto amor te arrullará en sus brazos!



XVI

DIVINIZACIÓN

Te divinizaré como si fuera
yo poderoso emperador romano,
y una vez vuelta diosa,
tendrás tu ofrenda a diario.

La ofrenda de mis versos, que son otra
deificación; la ofrenda de mis brazos,
que ceñirán tu talle, respetuosos
y ardorosos al propio tiempo, y ávidos
como sierpes de fuego;
la ofrenda de mi espasmo...

Diosa mía, mi diosa, paraíso
único de mis años:
he de pintar tus santas formas vírgenes,
y a tus pies ha de abrir el gran milagro
de su azul y enjoyada suficiencia
el olímpico pavo,
soberbio y voluptuoso como yo,
y como tú maravilloso y vano.



IV

... *AD ASTRA*





I

PÁJARO MILAGROSO (1)

PÁJARO milagroso, colosal ave blanca
que realizas el sueño de las generaciones:
tú que reconquistaste para el ángel caído
las alas que perdiera luchando con los dioses;
pájaro milagroso, colosal ave blanca,
jamás mis ojos, hartos de avizorar el orbe,
se abrieron más que ahora para abarcar tu vuelo,
mojados por el llanto de las consolaciones.

¡Por fin!, ¡por fin!, clamaba mi espíritu imperioso;
¡por fin', ¡por fin!, decía mi corazón indócil;
¡por fin!, cantaba el ritmo de la sangre en mis venas;
¡por fin tenemos alas los hijos de los hombres!

(1) Después de un concurso de Aviación.—IX-1910.

Padre, que ansiabas esto, que moriste sin verlo;
poetas que por siglos soñasteis tales dones,
Icaros lamentables que despertabais risas,
¡hoy, sobre vuestras tumbas, vuela zumbando, enorme,
el milagroso pájaro de las alas nevadas,
que cristaliza el sueño de las generaciones!
¡Y se abren para verle más aún vuestras cuencas,
y vuestros huesos áridos se coronan de flores!

¡Oh Dios, yo que cansado del trajín triste y frívolo
del mundo, muchas veces ansié la eterna noche,
hoy te digo: ¡más vida, Señor, quiero más vida
para poder cernerme como un águila, sobre
todas las vanidades y todas las bellezas,
proyectando sobre ellas mi vasto vuelo prócer!

¡Ya tenemos de nuevo pegaso los poetas!
¡Y qué pegaso, amigos, nos restituye Jove!

Exaltación divina llene nuestros espíritus,
un *Tedeum Laudamus* de nuestros labios brote,
y mueran sofocadas por las manos viriles,
viejas melancolías, vagas preocupaciones.

¡A vivir! ¡A volar! ¡Borremos las fronteras!
¡Gobiernos, vanamente queréis hacer un óbice
de lo que es un gran signo de paz entre los pueblos!
¡No mancilléis al pájaro celeste con misiones
de guerra: él las rechaza; nació para el mensaje
cordial, y siembra besos de paz entre los hombres!

II

SI ME DAN A ESCOGER...

Si me dan a escoger una tarde,
quiero aquélla que, augusta y tranquila,
se despide; la que sin alarde
muere en calma sobre un fondo lila...

Si me dan a escoger una bella,
quiero aquélla, nada más aquélla
que, del alma mitad, la completa
(un lucero en su frente destella).

¡Si me dan a escoger una estrella,
quiero ir a una estrella violeta!

III

IMÁN

Hay en la misteriosa geometría
de las constelaciones
un imán tan potente de mis ojos
(girasoles obscuros de las noches),
que tal vez cuando muera, mis dos ávidas
pupilas se transformen
en dos destellos ágiles,
que vayan a fundirse con los vórtices
ígneos de Aldebarán, Sirio, Capella,
Rigel, Arturo y sus septentriones,
o con la dulce Vega de la Lira,
en pos de cuyo azul, remoto acorde,
marcha el sol con su coro de planetas
describiendo espirales por los orbes...

Sí, mis ojos irán a las estrellas,
siendo en su luz dos mínimos fulgores,
dos gotas en su mar de oro convu'so,
dos chispas en su hoguera multiforme,
dos puntos más en esa geometría
misteriosa de las constelaciones...



IV

LOS COMETAS

La luna en creciente, con
su *terminador* dentado,
finge en la azul extensión
un peine de luz, forjado
para peinar cabelleras
de cometas errabundos,
que en la noche sin riberas,
van derramando fecundos
gérmenes de venideras
especies sobre los mundos.

De ellos habrán de salir
los Cristos del Porvenir,

los Sócrates de mañana,
la potente raza humana
que ignore lo que es morir.

Ríes... «¡Sueño de poetas!»,
dices. ¡Bueno! Yo te adoro
porque ese sueño completas:
tienes, como los cometas,
la cabellera de oro...



V

EL VIAJE

VIÉNDOME, adviertes las huellas
de una ruta portentosa:
la espiral vertiginosa
que conduce a las estrellas.

Piensas que a Sirio llegué
(y envidias tamaño lauro)
o que el Alpha del Centauro
con mis ojos *desdoblé*...

Te engañas: más lejos fuí
que la estrella más lejana.

(Noche: misteriosa hermana,
tú lo sabes, tú lo di...)

Al Vértice omniradiante
de donde todo dimana
tal vez llegué, tal vez ante
Aquél en cuyo semblante
hay más luz que en la mañana.

(Tú lo sabes, expectante
noche, misteriosa hermana...)

VI

EL COLOR DE LA LUNA

QUIÉN pudiera decirnos el color de la luna!
Los pintores jamás tuvieron la fortuna
de sorprenderlo. Nunca lo definió el poeta.
No tiene nombre en la habla ni tono en la paleta...

Hace miles de años que los tristes la miran.
Hace miles de años que los novios suspiran
de pena o de placer a su luz oportuna,
¡y nadie sabe aún el color de la luna!

De fijo que no es oro, de fijo que no es plata,
ni nácar ni alabastro, esa claridad grata,

ara la dicha, cómplice; para el dolor, discreta;
farol de los ausentes y de la serenata,
sudario misterioso de un ya muerto planeta.

⊠

Los que hemos contemplado tras los reveladores
vidrios de un objetivo esos *terminadores*
que fingen filigranas tenues, inmateriales
casi; los que, asomados a los limpios cristales
del ocular, miramos amanecer en esas
montañas que destacan de las sombras espesas
cada cúspide cual estrella diminuta,
mientras yacen sus moles en tiniebla absoluta;

Los que vemos, oh luna, esa *luz cenicienta*
que en tu hemisferio obscuro tímida nos orienta
y que proviene acaso de nuestro fulgor mismo,
del *claro de la tierra*, que a través del abismo
va a alumbrarte en las noches, apreciamos mejor,
el raro y delicioso matiz de tu fulgor...

Mas, a pesar de todo, comprendemos también
que no existen palabras que lo concreten bien;
y que hay en ese beso divino que nos das,

el prestigio celeste de que nunca jamás
podremos definirlo con expresión completa:
¡no tiene nombre en la habla ni tono en la paleta!

¿Quién logrará en futuras edades la fortuna
de acertar a decirnos el color de la luna?



VII

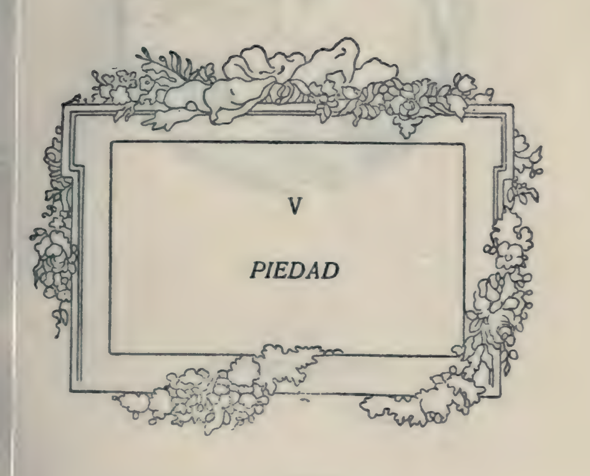
EL CONVENTO

Oh soñado convento,
donde no hubiera dogmas,
sino mucho silencio...
Una gran biblioteca,
un vastísimo huerto
con recodos de sombra,
de quietud y misterio,
y en él un telescopio
para asomarse al cielo,
¡para mirar siquiera
la Patria desde lejos,
mientras llega el instante
de volver a lo eterno!

VIII

VOCES

DIOS.—Mi Verbo va creando en todos
los intantes y formas y modos.
SIRIO Y CORO DE ESTRELLAS.—Bogamos
alumbrando los mundos; brillamos,
ardemos...
LOS VIENTOS.—Cantamos, rugimos,
y mil impalpables gérmenes sembramos
en nuestro perenne volar.
LOS MARES.—Latimos, latimos,
al compás del viento;
nuestras ondas arrullan la Vida.
LA TIERRA.— Germino, transformo, sustento
prodigando mi savia escondida...
(Enmudecen, y se oye un lamento):
EL HOMBRE.—¡Ay! ¡ay! ¡ay!



V

PIEDAD





I

SUPREMO ARRULLO

CUANDO en el ponto sonoro,
el sol, milagro de oro,
diaria transfiguración,
derrama en la onda sumisa
como una sonrisa
sus rayos que hacían cantar a Memmón,
la viejas sirenas repasan en coro
una nueva canción.

Tiene la canción, divino
ritmo, lento, cristalino,
(que recuerda un responso latino),
y hecha está para arrullar
a las víctimas de cada submarino
que rotos los flancos, en un torbellino
de espumas, al fondo desciende del mar.

II

HOSPITALIDAD

CRISTO, la ciencia moderna
te arroja sin compasión
de todas partes; ¡no tienes
donde residir, Señor!

Las teorías positivas
y la experimentación
materialista, no dejan
sitio en los orbes a Dios.
En cuanto al alma del hombre,
a piedra y cal se cerró
hace tiempo a todo ensueño.
En el umbral, la Visión

muerta de angustia, de frío
y de soledad quedó...

En las moradas humanas
ya tan sólo caben hoy
la vanidad, el deseo
voluptuoso y la ambición.

¡Ya no tienes casa, Cristo!
... ¿Mas cómo has de irte por
esos caminos, si apenas
has sonado el aldabón
de una puerta, te la cierran
con estruenda y ronca voz?

El pájaro tiene nido,
cubil el raposo halló,
y tú en cambio vas expuesto
a la intemperie, al horror
de las noches congeladas,
a tanto abandono...
                                Yo
no valgo dos cuartos, Cristo:
mi corazón (tú mejor
que nadie lo sabe) tiene
poco espacio y poco sol;

pero, qué le hemos de hacer
si en esta comarca no
hay otro... ¡Ven, y permite
que confuso, con temblor
de vergüenza, yo te hospede
en mi propio corazón!



III

SALMO

Oh Señor, *no te enojes con la brizna de yerba!*
Mi nada no merece la indignación acerba
de un Dios... ¿Es ley que emplees la flamígera espada
de tu resplandeciente Miguel contra mi nada?
Piedad para la oruga, Rey manso de Judea:
Tú, que jamás rompiste *la caña ya cascada,*
Tú, que nunca apagaste *la mecha que aún humea.*

IV

CONFIANZA

Dios es mejor de lo que opina el cura.
Hay más piedad de la que espera él mismo
en las entrañas de la esfinge obscura.
Hay más luz de la que él mira, en la hondura;
más amor del que él piensa, en el abismo.

¡Alma, no tengas miedo! Ya en la meta
recobrarás al ángel que se fué,
y encontrarás perdón. Vive quieta
y dí lo que al morir dijo el poeta (1):
Dieu me pardonnera: c'est son métier!

(1) Heine.

V

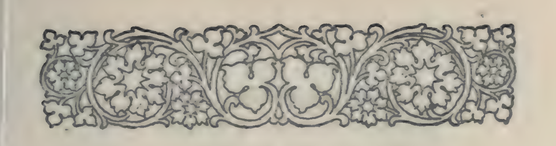
SÍ, POBRE VIEJECITA...

Sí, pobre viejecita, ya ninguno te escucha!
Los fastidias a todos con tu buena memoria.
Tu lentitud es grande; su frivolidad, mucha...
y te huyen porque siempre narras la misma historia.

Pero yo soy paciente, y sentado a tu puerta,
escucharé. No temas; puedes hablar tranquila,
mientras menea el viento las ramas de la huerta
y se muere a lo lejos un crepúsculo lila.

Déjalos que se vayan, en su atolondramiento,
a decir ellos y ellas, palabras mentirosas,
y cuéntame, abuelita, tu mismo viejo cuento,
al compás de tus manos largas y sarmentosas.


VI
PENUMBRA



I

ESO NO MAS

PÁGINA primordial de la vida,
trémulos parpadeos del alba,
límpido borbotar de la fuente,
prístino verberar de las alas,
¡no conturbéis mi espíritu
con vuestras añoranzas!

Nébulas del ensueño naciente
(¡nítidas, risueñas, ingrávidas!)
férvido regocijo de amores,
éxtasis de las hondas miradas,
¡no conturbéis mi espíritu
con vuestras añoranzas!

Mítico fulgurar de la gloria,
hálitos de soberbia y pujanza,
júbilos infantiles del verso,
vítores y laureles y hosannas,
¡no conturbéis mi espíritu
con vuestras añoranzas!

¡Plácido tu callar es, memoria!
¡Déjame para siempre, fantasma!
Mística desnudez de deseos,
búdhico reposar de nirvanas,
¡eso no más quieren
mi cuerpo y mi alma!

II

SUAVIDAD

HA tanto lustros ya que estoy penando,
que al fin con mi penar marcho tranquilo.
Mi perenne dolor es como un filo
que, a fuerza de cortar, se va gastando.

Bronca al principio; mas hoy casi leda,
pasa mi angustia por los eriales
del mundo, y el cilicio de mis males,
en un tiempo de crin, hoy es de seda.

Mi tristeza de ayer, hosca, importuna,
hoy se esconde y esquiva los alardes:

es ya crepuscular, como las tardes,
y mansa como el claro de la luna...

Siempre más tenue, siempre más suave,
el estribillo ingenuo de mi queja
parece una romanza ya muy vieja,
arrancada al marfil de un viejo clave...

Por igual en mis rimas se deslíen
aljófares y lágrimas radiantes
¡y al mirarlos caer como diamantes,
nadie sabe si lloran o si ríen!



III

EL MENTOR MUERTO

AUN vibra en mi oído tu acento sonoro,
aun miro en mis sueños tu faz monacal,
tu lejano aspecto de leyenda de oro,
tus largos cabellos, tu barba fluvial.

Aun veo tus manos exangües y largas,
pródigas de dones y de bendición,

subrayar las prédicas unciosas o amargas
que me conducían a la perfección.

Oh padre, oh custodio, ¿por qué te me fuiste?
Bien ves que me faltas, bien ves que me pierdo
en los laberintos de la vida triste
y que ansiosamente, desde que partiste,
vivo asomado a tu recuerdo...



IV

DE TODO MI PASADO

De todo mi pasado;
de todas mis tristezas; de todos mis contentos;
de lo mucho perdido,
de lo poco ganado,
de lo que he sonreído
y de lo que he llorado,
¿qué me queda? Una cosa no más: ¡remordimientos!

¿Por qué no fuí mejor
con los que me quisieron?
¿Por qué no pude darles tanto amor, tanto amor
como el que ellos me dieron?

¿Por qué me causó escándalo
vivir mal comprendido?
¿Por qué ante la injusticia no fuí yo como el sándalo,
«que llena de perfumes el hacha que lo ha herido?»

¿Por qué, sintiendo siempre el celeste apetito
de lo eterno, a la tierra demasiado miré?
¿Por qué no pudo mi alma cernerse en lo infinito,
desdeñando miserias mundanales, por qué?

¡Oh! Señor, ¡no me es dado vivir una vez más
para llenar de nuevo mis ánforas vacías
del vino generoso que tú al nacer nos das!
Ennoblece a lo menos mis postrimeros días,
y si hubo muchos yerros... ¡ya los perdonarás,
teniendo en cuenta las
tan raras alegrías!

V

MIEDO

DICEN que un muerto es un ser elevado
al Misterio absoluto... (1)
Tú, pues, amigo diáfano, que amabas
la claridad socrática, tú, el justo
ingenuo y candoroso, eres ahora
el misterio por excelencia, el único,
el más abrumador de los misterios...

Nada en ése tu simple vivir hubo
de inextricable, nada de enigmático,
de arcano ni de obscuro.
¡Eras la propia limpidez del aire!

---

(1) Novalis.

... Y hoy todos los secretos en ti juntos
florecen, y tu sombra es cual la sombra
del ala de la esfinge. En vano busco
la santa nitidez de tus pupilas:
ya todo tú eres negro, ya el sañudo
prestigio de la eternidad te envuelve;
ya ves la cuarta dimensión, en cuyo
contrasentido abísmase la lógica.

¡Tengo miedo de ti!, y en mi convulso
sueño angustioso, yo, que ansiaba verte
y hablarte siempre, pávido formulo
esta orden mental:—Vete, fantasma;
¡no te materialices! Vuelve al húmedo
agujero en que estás; si eres la ansiada
revelación del más allá, renuncio
a ella, torna allí donde te pudres;
¡no quiero saber nada de otros mundos!

VI

¡QUIÉN SABE!

Les morts font des longs voyages.

Esa indefinible devoción lejana
que vibra en tus cartas, está bien, hermana.

Ese amor vestido de melancolía,
tiene una sutil y honda poesía.

Me place que digas que me conociste
quizá en otros mundos, que por mí estás triste;
que en vano me llamas... Me place. Me place.

Oh espíritu ausente, ¿cuánto tiempo hace
que los dos nos vimos?
Tal vez tú recuerdes en dónde vivimos...

Eso de existencias anteriores, gusta
a muchos. A mí me gusta... ¡y me asusta
por la inenarrable, por la atroz fatiga
de ir viviendo vidas sin cesar, amiga!

¡Qué horror en el dogma brahmánico cabe!
Mas, después de todo, quién sabe... quién sabe...

Y si el *karma* quiso, si hoy ya no lo quiere,
es cruel que a mi alma tu pobre alma espere
junto a un mar de sombras, viendo con afán
las olas que vienen, las olas que van...

¡Qué horror en el dogma brahmánico cabe!
Mas, después de todo, ¡quién sabe! ¡quién sabe!...



VII

TEDIO

Magna me cibi satietas.

TENGO el peor de todos los cansancios:
¡el terrible cansancio de mí mismo!
¿Dónde ir que a mí propio no me lleve,
con el necio gritar de mis sentidos
y el vano abejear de mis deseos
y el tedio insoportable de lo visto
y el gran desabrimiento de los labios
después del amargor de lo bebido?

¡Oh! qué hambre de paz y de penumbra
y de quietud y de silencio altivo
y de serenidad... ¡Dormir, dormir!
¡Toda una eternidad estar dormido!



VIII

ARCANIDAD

CUANDO me asomo a mí como a un cristal
diáfano, sí, mas insondable, siento
en redor un sutil vaho de enigma,
un glacial calosfrío de misterio...

¿Soy acaso uno solo o bien soy muchos?
¿Quién tiene autoridad en el colegio
discordante y al par disciplinado
de mis células, quien dice: «yo quiero»?
¿Quién lucha cual Jacob con ese ángel
que anida de mí dentro?
¿Quién clama: «¡no!» mientras que clama: «¡sí!»
un instintivo *yo*.,. que yo detesto?

Qué necedad la de los que imaginan
escudriñar las cosas... ¡Si no vemos
jamás lo que en sí son las cosas!
Tontos
que edificáis sobre apariencias, necios
que investigais el documento humano
(el más obscuro de los documentos):
¡y con cinco sentidos, siempre erróneos,
pretendéis calibrar el universo!

IX

INMORTALIDAD

NOSOTROS que no más somos fantasmas,
queremos perdurar en la memoria
de otro fantasma: la posteridad,
que ha de surgir mañana de la sombra
en que nosotros nos desvanecemos,
y se irá sin remedio algunas horas
después, arrebatada por el viento...
¡Y a perdurar así llamamos gloria!

Pedimos un esfuerzo a los humanos
para que nos recuerden, cuando locas
sus míseras cabezas se derrumban
a cada instante en las tinieblas lóbregas...

Fijar ansiamos en el torbellino
en que giran los seres y las cosas
por un momento nuestra estrella pálida...
En la balumba inextricable y pródiga
de gritos de dolor, hacer queremos
que los demás escuchen nuestra historia,
que repitan siquiera nuestro nombre
una vez, entre aullidos de congoja...
¡Y es ésta, amigos, la celebridad!
¡Esta es, *inmortales*, vuestra gloria!

X

¿Y POR QUÉ NO?

PREGUNTA el hombre, triste y serio:
—¿Vive quizás el que murió?
¿Es un engaño el cementerio?
—¡Quién sabe!—dícele el Misterio:—
¿Y por qué no?

Pregunta el hombre: —¿Y el consuelo
íntimo y dulce, que solió
prometerme un futuro vuelo,
es por ventura voz del cielo?
Dice el Misterio: —¿Y por qué no?

—¿Debe esperar, pues, refrigerio
para su mal el que penó
en este obscuro cautiverio?
—¡Quién sabe!—dícele el Misterio:—
¿Y por qué no?

Y así marchamos por la vida,
con la ilusión bien encendida
para alumbrar lo que soñó
nuestra pobre alma entelerida.
Así marchamos por la vida
entre un «¡quién sabe!» y un «¡por qué no!»



XI

NO ES CULPA MIA...

Si alternan la fe y la duda
como la noche y el día
en mi alma yerma y desnuda,
¡no es culpa mía!

Culpa es del siglo, que forja
sistemas a discreción,
y que no trae en su alforja
ni una afirmación.

Culpa es de la obscuridad,
de la esquiva lobreguez,
del no dar con la verdad
ni una vez;

Del duro insomnio, que acecha,
en la esquiva cerrazón,
el relámpago, la brecha
de luz de una convicción;

Del silencio que responde
a nuestro ansioso por qué;
del vano preguntar: *¡dónde!*
para que digan: *¡no sé!*
....

Si, pues, alternan fe y duda
como la noche y el día
en mi alma yerma y desnuda,
¡no es culpa mía!

... Sin embargo, allá, en el fondo
del obscuro laberinto,
muy hondo, mucho, muy hondo,
habla un instinto.

Es como un *sí* que confirma
mi raro *sí* de creyente
y que, cuando niego, afirma
tímidamente.

Es... yo no sé qué simpática
insinuación oportuna
y discreta; es, como una
voz enigmática...

Como vago cuchicheo
que surge apenas de los
abismos de mi deseo
y que murmura: «¡Yo creo
en Dios...»

XII

CANSANCIO

Está cansada ya de gritar mi laringe,
inrerrogando a cada mundo del firmamento;
está cansado ya mi pobre pensamiento
de proponer enigmas a la inmutable Esfinge...

¡A qué pensar, a qué lanzar nuestro reproche
a lo Desconocido!
¡Comamos y bebamos!
¡Quizás es preferible que nunca comprendamos
el enorme secreto que palpita en la noche!

XIII

LA PREGUNTA

«¿Y qué quieres ser tú?»,—dijo el Destino.
Respondí: Yo, ser santo;
y repuso el Destino:
«Habrá que contentarse
con menos...»
Pesaroso,
aguardé en mi rincón una pregunta
nueva:

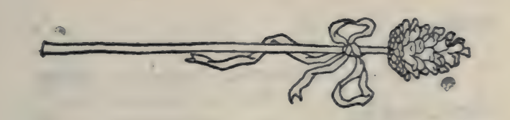
«¿Qué quieres ser?» —dijo el Destino
otra vez: —Yo, ser genio, respondíle;
y él, irónico, «Habrá que contentarse
con menos...»
Mudo y triste

en mi rincón de sombra, ya no espero
la pregunta postrer, a la que sólo
responderá mi trágico silencio... (1).

---

(1) En la primera edición de este libro (1914) aparecía aquí una sección VII intitulada: *La Amada inmóvil (Versos a una muerta)*, con la siguiente anotación: «Estas composiciones han sido entresacadas del libro LA AMADA INMÓVIL, que sigue cronológicamente a SERENIDAD, y que verá la luz en 1915, s. D. q.»—Este libro no llegó a publicarse, pero quedó preparado entre los manuscritos del autor. Saldrá a luz inmediatamente después del presente volumen, y en él encontrará el lector las poesías entresacadas, que hemos preferido restituir a su sitio.—(N. DEL EDITOR.)





INDICE

II.—RIMAS IRÓNICAS Y CORTESANAS.

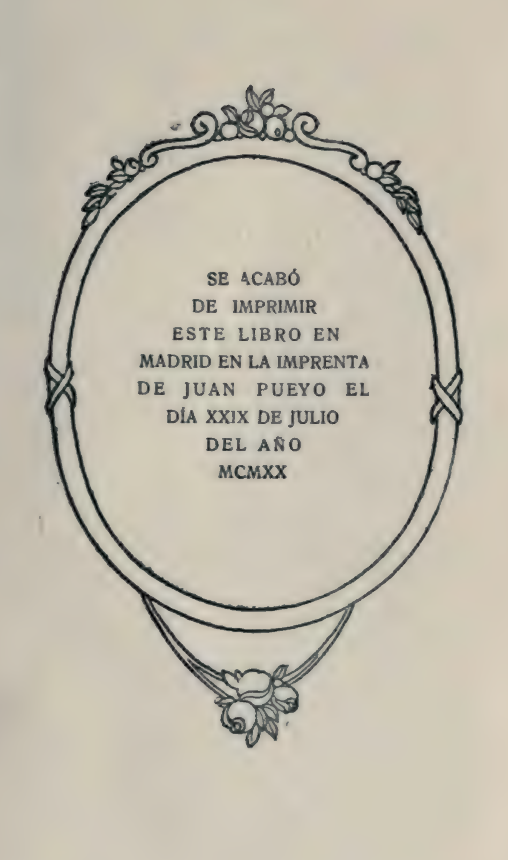
Páginas.

III.—AMOR.

IV.—...AD ASTRA.

V.—PIEDAD.

VI.—PENUMBRA.



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
MADRID EN LA IMPRENTA
DE JUAN PUEYO EL
DÍA XXIX DE JULIO
DEL AÑO
MCMXX





